Mundo Argentino



Vera Grabinska y
Pierre Michalowski
Fot. Witcomb

En toda la república 10

Notas gráficas de interés general



Señorita M. Bowling y el señor H. Chiesa, que ganaron los campoonatos de tennis en el torneo organizado por el Club Atlético del Rosario.



Grupo de los concurrentes al torneo de la Plaza Jewell, durante el reparto de premios a los ganadores de las diversas pruebas de lawn tennis realizadas.



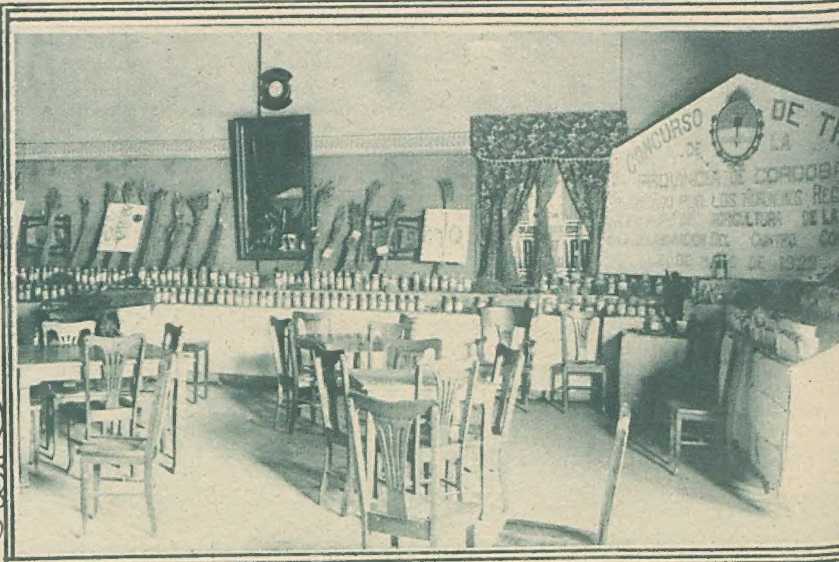
Fotografía del aviador N. Gatti, rodeado de varios admiradores y amigos, tomada en el campo Arocena de Fisherton, después de realizar varios vuelos sobre la ciudad del Rosario.



Señorita Emilia Silvia Troisi, soprano ligero argentina, que según noticias ha debutado con gran éxito en el Costanzi de Roma.



El notable pianista Leopoldo Godowsky, que en breve se hará oir en Buenos Aires.



Aspecto que presenta la Exposición del concurso de trigo organizada por el Centro Comercial de Río Cuarto.

Fots. Martín y Agostini.

Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES

Publicado por la Empresa Editorial
HAYNES LIMITADA S. A.
Maipú 393.—Bs. Aires

LA PUBLICACIÓN QUE MAS CIRCULA EN LA AMÉRICA DEL SUR

AÑO XII, N.º 597, Bs. Aires, Junio 28, 1922

NOTAS DE LA SEMANA

POBLAR EL DESIERTO

Descenso en las cifras de la inmigración.—Esperanzas fracasadas.—Europa se defiende de la emigración.—Población y riqueza.—Conducta suicida.

Se reconoce generalmente que la cuestión de la población de la república es fundamental. Alberdi concretó en una fórmula breve y elocuente su importancia cuando dijo que en estos nuevos países de América "gobernar es poblar".

Antes de la guerra la república no iba poblándose con la deseada rapidez, pero atraía a sus playas un contingente apreciable de inmigrantes. Con el estallido de la conflagración, la inmigración cesó casi totalmente y hasta hubo años en que la cifra de los emigrantes fué superior a la de los inmigrantes.

Con todo, se esperaba que terminada la guerra esos déficits iban a ser cubiertos con creces. Confiábase en que, obligados por la desocupación creciente y la tremenda carestía de la vida, además de la angustia y la desesperación que la contienda llevó a millones de hogares enlutados, muchísima gente trabajadora del viejo continente huiría de tanto dolor y tanta miseria para comenzar una vida más tranquila y dichosa en estos países jóvenes, que habían sabido mantenerse al margen del honoroso choque bélico.

¿Quién no recuerda que antes aún de la firma del tratado de Versalles los diarios de nuestro país se hicieron eco de una versión según la cual sólo de Alemania estaban por embarcarse cinco millones de inmigrantes—ni uno más ni uno menos—rumbo hacia las playas del Plata? Y esos diarios se inquietaban por las consecuencias que en el orden económico, especialmente, podía acarrear el brusco arribo de una masa tan copiosa, cuando el país no se encontraba en condiciones de recibirla.

Pasó el tiempo y no llegaron los inmigrantes alemanes ni cosa que se parezca. La corriente de la inmigración se mantenía y se mantiene por debajo de cuanto se esperaba, sin alcanzar, siquiera, ni asomarse a las cifras de los años de la anteguerra.

Las corrientes inmigratorias siguen otro rumbo. En algunas naciones de Europa—como Inglaterra—se han tomado medidas de carácter protector tendientes a evitar que la inmigración de esa nacionalidad—tan estimada por su seriedad, por sus costumbres y por su laboriosidad—vaya a otros países que no sean las colonias británicas. De su parte, Italia que ha suministrado a la república, junto con España, las más altas cifras de inmigrantes, también no ha descuidado el asunto y ha tratado de llegar a soluciones positivas en lo tocante al problema agrario, aparte que los campesinos han procedido por sí solos a ocupar las tierras incultas, reduciendo así las causas de emigración. Sin embargo, la situación sigue siendo seria; y aun en esas condiciones la inmigración italiana, tan apreciada y de una asimilación tan fácil, no viene hacia nosotros en la forma deseable. Recientemente el telégrafo ha noticiado que 300.000 campesinos italianos irían, por cuenta del gobierno de aquel país, a colonizar el sur de Rusia, aprovechando una concesión que se le había hecho. En fin, la inmigración española, que se encuentra en la Argentina en condiciones particulares por los vínculos de sangre e idioma, tampoco afluye como en otros lustros. En España, como en toda Europa, se ha desvanecido la leyenda arcádica que en torno a la república se había formado; y millares y millares de trabajadores y agricultores, útiles al país, prefieren quedarse en la península a arriesgarse a cruzar el océano y encontrarse con que no van a cambiar sensiblemente de suerte. Para penar, penar en la tierra que los vió nacer, al lado de los seres queridos.

Si al enorme descenso en la inmigración agregamos las deficientes condiciones higiénicas de gran parte del interior de la república, a punto que en algunas provincias, como en Tucumán, la mortalidad infantil es superior a la natalidad; y si tenemos en cuenta el descenso de la nupcialidad, a causa de la carestía de la vida y de las menores oportunidades económicas, se tendrá una idea de la inusitada gravedad que el problema de la población asume entre nosotros. La población es riqueza, doblemente apreciable en un país nuevo y desierto que la necesita tanto como el aire y la luz. Perder tantas oportunidades brillantes, como la postguerra ha brindado para atraer la inmigración europea, por un descuido suicida en lo referente al problema agrario, significa conspirar contra la prosperidad de la república y equivale a empobrecerla, a infligirle una sangría, ¡casi tan peligrosa como la determinada por la contienda armada a los países beligerantes!

ESO ES PEDIR PERAS AL OLMO



—¿Cómo quiere que le deje el pelo, caballero?
—Como a ese joven que está ahí.

EL PLEITO DEL PACIFICO

Perú y Chile no han podido salvar sus diferencias en Wáshington. El acuerdo directo parece imposible, por más que fuera el más deseable. Ahora no cabe otro recurso que apelar al arbitraje de los Estados Unidos. Por lo menos, es de esperarse que en esto haya acuerdo entre ambos países. Lo esencial es conjurar toda posible reagravación en el viejo y largo pleito y llegar a su solución definitiva por vía pacífica. La violencia de la guerra debe ser desterrada para siempre de América. Ningún pleito de fronteras, con su inevitable afán ulterior de desquite, vale una guerra. No hay que perder la esperanza. Chile y Perú deben acudir al arbitraje y confiar en el fallo equitativo de una tercera potencia.

LA APERTURA DEL PARLAMENTO

Ya ha transcurrido la primera quincena de junio, y después de mes y medio de la fecha en que debió abrirse el parlamento, según lo establecido en la constitución nacional, el Congreso no se ha constituído. La Cámara de Diputados, a pesar de la renovación de la mitad de sus componentes, cumplió a tiempo con las formalidades del caso. No así el Senado, que pudo hacerlo con mayor facilidad, porque sólo se ha renovado en una tercera parte. Existe un propósito de obstrucción, según se dice; pero la mayoría es incapaz, al parecer, de formar quórum por sí sola y dejar constituída la llamada "alta cámara".

Mientras tanto no hay duodécimos, no hay leyes de impuestos, y el país sufre las consecuencias de la incurria crónica de los señores senadores, para quienes la letra de la constitución es algo muerto, lo cual no evita que la quieran hacer pesar cuando en su nombre desean conspirar contra la salud del pueblo y amparar absurdos privilegios.



El problema del gobierno en la América del Sud

La reciente revolución del Paraguay les parecerá a muchos, aun en el Paraguay mismo, un suceso insignificante. ¿Por qué? Por ser una revolución sudamericana. Pero es arriesgado prejuzgar sobre la importancia de los sucesos. ¿Cuál se le asignó, en su época, a la partida de las carabelas de Colón, del puerto de Palos? Fué uno de los más obscuros sucesos de entonces. Hoy, sin embargo, millones y millones de personas saben de memoria los nombres de las carabelas y de sus respectivos capitanes, y podrían añadir la fecha en que partieron. Pero si las carabelas no hubieran llegado al mar de las Antillas, aun el nombre de su almirante fuera conocido de muy pocos. Si el Paraguay llegase a ser una gran nación, todos los sucesos de su historia crecerían proporcionalmente en importancia; si, al contrario, el Paraguay decayese, irían perdiendo la que tuviesen actualmente.

Por otra parte, son los sucesos que van integrando su historia los que labran el porvenir de una nación. Mañana el Paraguay podría llegar a una extrema e incurable decadencia. Ya hemos dicho cuáles serían las consecuencias de esto sobre los sucesos de su historia, por ejemplo, la reciente revolución. Pero ésta, a su vez, pudiera haber sido factor de la misma decadencia que luego la aniquilase históricamente.

La revolución paraguaya, por mucho que quiera parecer un suceso insignificante de la entraña de la más joven de las Américas, puede ser mañana un capítulo de la historia de una gran nación. Pero, en todo caso, para nosotros, hispanoamericanos y contemporáneos, tiene toda la importancia de las cosas vinculadas al porvenir de nuestras nacionalidades y de nuestra raza. Porque la revolución del coronel Chirife debe repercutir más o menos intensa y prolongadamente en los destinos de una de las naciones que constituyen nuestra colectividad sociológica.

¿Qué juicio podría merecernos la revolución paraguaya, y cuál podría ser la influencia de ella sobre los destinos del Paraguay? Si hubiésemos de responder con lo primero que todos encontramos a mano, habríamos de decir: Pésimo el juicio; desastrosa la influencia. Porque sería lo único arreglado a los preconceptos y lugares comunes sobre la materia. Pero, ¿vamos a creer que el coronel Chirife haya hecho la revolución sin que la presión de las cosas, sentida por él, es cierto, según su particular sensibilidad, lo condujese a ese paso? Una revolución, aun en Sud América, es siempre un suceso que sin duda hubiera sido más difícil evitar que provocar. Los que actúan en esos movimientos son factores en los sucesos y se conducen según su idiosincrasia; pero son uno de tantos, y no el más poderoso de los factores.

Una revolución, aun la más santa que pudiésemos imaginar, sería siempre lamentable, al menos como trágica imposición de la necesidad. Pero, ¿hasta qué punto una revolución, cualquiera que sea, no es una convulsión orgánica del país, y no guarda íntima relación con su estado social? ¿Hasta qué punto no tendría sentido la paradoja de que las revoluciones son una desgracia, pero no son un mal?

Sea que en el caso que nos ocupa el coronel Chirife representara el fermento mismo de las anarquías criollas; que fuera, no un militar ilustrado y un distinguido político, sino un torvo personaje a lo Facundo. Pues bien, si Facundo no hubiera hecho las que hizo, el proceso evolutivo argentino hubiera podido ser menos doloroso, pero más desfavorable por su tendencia y duración. Si admitimos que una revolución es una convulsión orgánica, no podemos estar lejos de admitir que sea un enérgico esfuerzo autoterápico del país.

En el movimiento revolucionario que comentamos es notable el hecho siguiente: El coronel Chirife, sin otra preocupación que la resistencia que pueda oponerle el gobierno, avanza a través del país, sobre la capital del estado, con una fuerza de sólo unos cuantos cientos de hombres. ¿Puede esto concebirse sin la hipótesis de la neutralidad, no diremos del país, pero sí de la masa social? Porque, de otro modo, o el coronel Chirife hubiera llegado a la Asunción escoltado por el pueblo, o no hubiera podido llegar sin varios miles, que no con varios cientos de soldados.

Falta la gravitación política del pueblo. Si él gravitase, no sería tan fácil resolverse a marchar sobre la Asunción, ni las cosas políticas estarían tan libradas al buen acuerdo de los dirigentes, que no fuesen una creación popular en el grado en que es excusado pensar en alterarlas mecánicamente.

Cuando se pregunta por qué el pueblo carece de gravitación política en tantas repúblicas americanas, y aun en algunas provincias argentinas, suelen responder: "Porque no está preparado para tenerla". Aquí, en la República Argentina, son muy numerosos los que se lamentan de que se haya dejado al pueblo libertad de sufragio.

Pero los dirigentes de los pueblos que no están preparados para la democracia, ¿tienen acaso mejor preparación política que el pueblo? Y si la tienen ¿cómo se explica que sus gobiernos no puedan transcurrir y sucederse pacíficamente?

En la América del Sud la experiencia del gobierno no autoriza a nadie a asustarse de los inconvenientes que los culticursis atribuyen al gobierno popular; y éste, en cambio, ofrece de ventaja la segura promesa de ser pacífico.

Enrique M. RUÁS.

EN LA PUERTA DEL CINE



El chico. — Vea, portero; esta señora viene conmigo.

En el mundo del cine



Helen Ferguson reconociéndose cualidades para el cine, dejó la máquina de escribir por el arte cinematográfico y consiguió el buen lugar que hoy ocupa entre sus compañeras.

Carol Dempster, la protagonista de "Por defender a una mujer" será probablemente la heroína de la próxima producción de Griffith. Entretanto Griffith se la ha "prestado" a John Barrymore para que lo acompañe en su última película "Sherlock Holmes".

Phyllis Haver, la heroína del "Pueblo de las broncas", es una de las tres bellezas, Marie Prevost, Harriet Hammond y Phyllis Haver, que se hicieron célebres bajo la dirección de ese artista del humorismo que se llama Mack Sennett. De las tres, es ella la única que le es fiel. Marie Prevost es hoy estrella en la Universal, Harriet Hammond trabaja en dramas, Phyllis se ha quedado y ha sido contratada para hacer seis películas con Ben Turpin.



Jane Novak, quien no ha podido por menos que aceptar el rango de estrella

Anna Q. Nilsson ha vuelto recientemente de un viaje a Europa, durante el cual pasó varias semanas con sus padres en Suecia.

"**Snub**" **Pollard** se ha casado con una joven que no trabaja en cine, y que se llama Elisabeth Bowen.

Esto confirma la noticia de "ruptura" entre Pollard y su compañera de tareas Marie Mosquini. Dicen que Marie y Mildred Davis salen siempre acompañadas de Harold Lloyd. ¿Por cuál de ellas se decidirá el simpático actor de los anteojos de carey?

Gloria Swanson se ha embarcado para Europa donde visitará Inglaterra, Francia, Italia y Alemania. No quiere volver sin conocer París y Monte Carlo. La acompaña Mrs. Frank Urson, administradora de los bienes e intereses comerciales de la extravagante Gloria.



Alice Brady, que ya creíamos divorciada, nos anuncia el nacimiento, reciente, de una nenita



"Snub" Pollard, recientemente casado, deshizo el compromiso que tenía con Marie Mosquini.



Gloria Swanson en su viaje de recreo por toda Europa lleva interés en conocer París y Montecarlo.



George Walsh, a quien sus condiciones físicas de conquistador llevaron a un terreno un poco difícil de resolver, y del cual salió bien parado.



Carol Dempster, que está bajo la dirección de Griffith, actuará con Barrymore en algunas películas



Earle Williams, es uno de los actores que del teatro ha pasado al cine, consiguiendo triunfar en este último.

Earle Williams ha firmado un nuevo contrato con la Vitagraph; cuando lo termine, habrá pasado doce años trabajando en esa compañía, y quién sabe si se decidirá a abandonarla entonces.

Earle nació en Sacramento, California y pasó su infancia en Oakland. Desde joven se dedicó al teatro, y un verano, no teniendo contrata, fué a la Vitagraph para ver si le daban algo que hacer. No volvió nunca al teatro. Su éxito como actor de cine, quedó asegurado desde su primer película "La impresión digital". Cuando una de sus primeras películas fué exhibida en Brooklyn, una joven que se hallaba entre el público con varias amigas, declaró que el nuevo actor parecía tan buen mozo que por el momento su mayor deseo era tratarlo personalmente. Unos meses después Earle llegaba a Broklyn y paró en el mismo hotel que la joven en cuestión. Se conocieron, y seis años más tarde se casaron. Mrs. Williams ha escrito varios argumentos de películas para su esposo, pero no lo ha acompañado en ninguna.

Hace algún tiempo **George Walsh** recibió una carta de una joven inglesa. En general, él no contesta personalmente las cartas de sus admiradoras, pero ésta parecía tan simpática... Hubo más cartas y más respuestas y un día llegó una misiva pidiéndole a George que fuera a Inglaterra para casarse con la niña. George tuvo un susto "mayor", y contestó por telégrafo, negativamente por supuesto. Parecía que había terminado el episodio cuando, un día, lo llaman por teléfono desde Montreal, en Canadá. Era su corresponsal, que le anunciaba que dentro de poco llegaría a Nueva York para convencerlo. Y llegó y se estableció muy cerca de donde vivía George y fué sólo con grandes dificultades que éste consiguió que lo dejara y volviera a su país.

Jane Novak, recientemente ascendida a estrella, ha trabajado en cine ocho años. Empezó su carrera en la vieja Kalem, donde se la contrató por parecerse a Alice Joyce. Más tarde pasó a la Vitagraph, donde en dos años intervino en diez y nueve películas. He aquí algunas de las cosas que Jane no ha consentido en hacer nunca. No ha acompañado a estrellas, sólo ha consentido en trabajar con "ases". No ha aceptado nunca un papel que no se adaptara a su tipo. No ha ido nunca a las fiestas organizadas por artistas de cine.



GALERÍA CINEMATOGRÁFICA.—RAMÓN SAMANIEGO

Ramón Samaniego, cuyo apellido desfiguran horriblemente las revistas yankis, es un nuevo actor cinematográfico descubierto por el notable director Rex Ingram.

Samaniego era bailarín, como Rudolph Valentino, cuando Ingram lo descubrió y lo incorporó al arte mudo

Español de pura cepa, Samaniego representa, con Antonio Moreno y Valentino, a los latinos que han marchado a la conquista del nuevo arte y no desmerecen de sus ascendientes conquistadores antaño del nuevo mundo.

Según Rex Ingram, Samaniego es la octava maravilla del cine, pero aún sería más maravilloso que se nos prometiese menos de un nuevo astro

En breve, las admiradoras de Wallace Reid conocerán a su mayor rival. En efecto, Dorothy Davenport, la esposa del "ídolo" ha comenzado a trabajar en películas acompañada por el hijito de ambos, Billy Reid.

Helen Ferguson, protagonista de "La campesina rusa", empezó por ser taquígrafa en un escritorio en Chicago. Pero como ella misma lo confiesa "era demasiado bonita para su profesión" y el cine esperaba... Hizo sus primeras armas en la Fox, donde trabajó en varias buenas películas, entre ellas en "Desafiando a la ley" con William Russell. Ahora ha pasado a la Goldwyn, donde ha intervenido en películas como "El motín de Elsinore" que le dieron justo renombre.

Helen no quiere ser estrella, prefiere trabajar con buenos actores, aunque con ello se la destaque menos a la protagonista. Porque observa y con razón, que es la estrella la que paga las consecuencias de que sus películas sean malas, cuando ello se debe con frecuencia a que son malos los actores que la acompañan. En Hollywood se comenta con simpatía su noviazgo con William Russell, el ex compañero de la Fox, de modo que cuando en una reunión dada el 1.° de abril, William ni la miró, todo el mundo quedó sorprendido, Helen más que nadie, por supuesto. Resulta que, aprovechando el día de los inocentes de los pueblos del norte (1.° de abril), una amiga de Helen había llamado a Bill por teléfono, fingiendo ser repórter de un diario y pidiendo detalles sobre el compromiso de Helen con un tal Guy Empey, que Bill debía conocer por ser tan amigo!

Bill colgó el tubo y al encontrarse con Helen, ya hemos contado cómo se condujo. Cuando averiguó la verdad, no descansó hasta hacerle mostrar a la novia un retrato de sí mismo besando a otra niña, pero resultó ser otra broma y ahora ya han hecho las paces. Felicidad.

El célebre bailarín Maurice que solía bailar mucho con **Connie Talmadge** mientras ésta residía en Hollywood, ha inventado en honor de su bella compañera un nuevo baile: "**el fox trot Constancia Talmadge.**"

Alice Brady, de quien anunciamos que había pedido el divorcio contra su esposo James Crane, poco después nos sorprende con una nueva noticia: es la mamá de una nenita, nacida poco tiempo después de pedido el divorcio.

La ley de alquileres modifica las convenciones particulares celebradas con anterioridad a su sanción, dice la justicia civil

La Cámara Civil Primera dictó sentencia en el asunto siguiente:

La sociedad L. y Cía. es arrendataria y subarrendadora de un inmueble situado en la calle Tucumán al 800. Dicha sociedad paga al propietario del inmueble la suma de $ 21.000 anuales, y percibe de los subarrendatarios pesos 35.200. Exceso: $ 14.200. Esta suma representa el interés que gana anualmente el capital de 21.000 pesos que L. y Cía. invierten en el negocio. Resulta ser un rédito del sesenta y siete (67) por ciento.

La sociedad A. y Cía. es uno de los subarrendatarios del inmueble. Esta sociedad tenía con L. y Cía. un contrato de locación. De acuerdo con la nueva ley de alquileres, L. y Cía. que ganaban, según lo visto, el 67 por ciento sobre el alquiler que pagaban al propietario, no podían ganar más del 20. A. y Cía. se acogieron a la ley. L. y Cía. los demandaron, alegando la existencia del mencionado contrato. Los subarrendatarios A y Cía. perdieron el pleito en primera instancia, pero habiendo apelado al tribunal superior, la Cámara Civil Primera, a quien le tocó fallar, lo hizo favorablemente a ellos. La Cámara falla, pues, en el sentido de que la ley invalida los contratos anteriores a ella; claro que en la parte contradictoria con sus disposiciones, solamente.

Llama la atención, en primer lugar, la enorme ganancia que L. y Cía. obtenían del subarriendo del inmueble. ¿No es extraño que los propietarios dejaran a terceras personas hacer un fácil negocio que bien hubieran podido hacer ellos mismos. Pues bien, nada tan común como el caso de los propietarios del inmueble a que se refiere el fallo. Suelen entregar sus propiedades a una firma administradora, y ésta les paga a ellos tal vez la quinta parte de lo que obtiene del subarrendatario, cual es un caso que nosotros conocemos.

¿Cómo se explica esto? Las razones son varias, éstas o aquéllas, según el caso, y de su cuenta no debe excluirse la necesidad urgente de una suma de dinero por parte del propietario. Pero debe contarse, en primer lugar, su psicología.

Sean dos personas que han heredado, ganado a la lotería o ahorrado, la suma de 50.000 pesos. Uno de ellos invierte ese capital en propiedades; el otro, establece una industria. No se necesita otro dato para saber que, comparados los dos hombres entre sí, el primero es un individuo timorato, y el otro, uno emprendedor. Tal ocurre con el gremio de propietarios, considerado en general. Es un gremio timorato. Esta falta de espíritu hace que a sus miembros suela gustarles entregar a terceras personas la administración de sus bienes. No comprenden que un deber moral, la responsabilidad que adquieren ante la sociedad por el hecho de ser propietarios de edificios de renta, les impone que ellos mismos administren sus bienes, si no personal, por lo menos directamente.

Los propietarios, en fin, son por temperamento inclinados a entregar a terceros la administración de sus bienes, aunque esto sea, para decirlo pasado por metáfora, vender su primogenitura. Añádase a esto el ausentismo, como el caso de los que viven en París con las rentas de sus propiedades de Buenos Aires.

Por otro lado, ¿cuántos no son los propietarios de edad muy avanzada, como esa señorita nonagenaria de la calle Lavalle, propietaria de cuarenta casas, a quien hace poco tiempo los ladrones despojaron del dinero que ella guardaba en cajas de cartón, y de joyas que había comprado en la época del presidente Derqui? En Buenos Aires son bastante numerosos los viejitos y viejitas propietarios de muchas casas, y que ya no se encuentran en edad de administrar personal ni directamente sus bienes.

Al pensar en estas cosas, uno se pregunta si no sería conveniente que la Comuna crease algún órgano especial para la administración de propiedades particulares, pues, ciertamente, sería el administrador preferido. Anteriormente a la ley de alquileres, ese órgano bien hubiera podido bastar, impidiendo la doble explotación del propietario y del inquilino, al mantenimiento del alquiler en un nivel aceptable. Hoy, podría ser una fuente de recursos para la comuna, pues el 20 por ciento sobre una parte cualquiera, pero que siempre sería importante, de los alquileres que paga Buenos Aires, deja un considerable margen de ganancias.

El fallo de la Cámara Civil Primera dice que la ley 11.156 ha creado en los puntos que legisla, una situación nueva entre propietarios e inquilinos, que necesariamente obliga a armonizarla con las reglas del procedimiento dictadas antes de su sanción; y añade que aquella es una ley de orden público, modificatoria de las convenciones particulares celebradas con anterioridad a su sanción.

El fallo de la Cámara Civil Primera, que siempre hubiera sido interesante, lo es con doble motivo, por la siguiente razón:

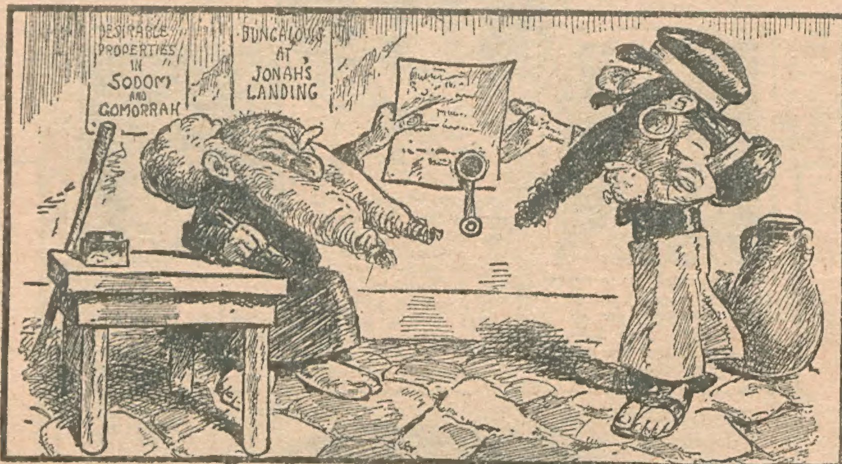
La Suprema Corte, al pronunciarse sobre la constitucionalidad de la ley de alquileres, dijo, de paso, que no habiéndose invocado en el juicio la existencia de contrato, sino una locación por simple convención verbal, era innecesario pronunciarse sobre la delicada cuestión de la facultad de dictar leyes que alteren los derechos adquiridos por contrato.

Nosotros dijimos a esto:

Considerando la cuestión en general, y hablando de los contratos en general, es decir, elevando las cosas a su máxima potencia, claro que la cuestión sería delicada. Pero no se trata de los contratos en general, sino, tan solo, de una especie particular, e inferior dentro de la escala del género.

En todo caso, vemos que la Cámara Civil Primera no experimentó los mismos escrúpulos que la Suprema Corte.

EL BÍBLICO MATUSALEM



Matusalem (que acaba de firmar una concesión por noventa y nueve años). —...Y si usted cumple como es debido, se la renovaré gustosísimo.

La buena excusa

A quienquiera que se le ocurra huronear en viejos libracos, hallará noticias sobre tiempos y costumbres por demás curiosos. Buen ejemplo de ello es esta pequeña historia que reseñaré aquí y que demuestra cómo evolucionan y se modifican los conceptos de los hombres con respecto a lo bueno y lo malo, lo honorable y lo deshonorable, y cómo, en ciertos tiempos, por una cosa cualquiera llegan hasta a exterminarse, y en otros tiempos, esa misma cosa no sugiere más que indiferencia. Y a la inversa, cómo lo que ahora se considera una fruslería, dentro de medio siglo se convertirá, quizá, en delito monstruoso. Y a este respecto, no está demás recordar que siempre es conveniente contemporizar con las opiniones de la época en que se vive y realizar tan sólo aquellas cosas que se consideran excusables y sin trascendencia alguna. Es el modo de poder llevar una vida agradable y hasta alegre.

Pero volvamos a nuestra historia, que por no ser muy larga podrá leerse sin fatiga hasta el final. Por ella se enterará el lector de que en tiempos de la persecución de hugonotes, en Francia, pagaba con la vida quien osase dirigir sus plegarias al cielo con manos levantadas en vez de juntas, pero también se informará de que en otros sentidos, no fué una época tan detestable y llena de venganzas y rencores como podría hacer suponer la persecución enconada de aquellos santurrones obcecados.

Ocurrió lo que pasamos a narrar, poco después de la noche de San Bartolomé, en tiempos en que, en nombre de su majestad cristianísima Carlos IX, de la casa Valois, y en el de su madre, Catalina de Médicis, debía ser pasado por las armas todo aquel que se hiciera sospechoso de herejía hugonótica. Era entonces jefe de policía de París el señor de Meré, a quien apodaban "Le diable", sujeto regañón y diríase echado al mundo a propósito para desempeñar el cargo que ocupaba; mezcla de sabueso y de bulldog, en fin, un sujeto violento y fiel servidor de su señor cuando se trataba de perseguir, de martirizar, de asesinar y, en general, de vejar y de humillar a una persona. Y, a la verdad, que sólo esas eran las misiones que se le encomendaban. Ponía, como suele decirse, alma y vida en el desempeño de su profesión, suponiendo, desde luego, que tuviera alma.

Tenía el señor de Meré una mujer realmente hermosa y apetecible; pertenecía ella a la familia de los Blois, y a sus excelentes relaciones en la corte y con algunos caballeros de figuración, debía el esposo su cargo de jefe de policía. Agréguese a esto algunas posesiones importantes aportadas por su esposa al casarse y se comprenderá que el señor de Meré sintiera gratitud hacia ella. Desgraciadamente, no sentía ningún interés por las mujeres por apetecibles que fueran. Gracias si a veces, por vía de entretenimiento, presenciaba cómo sus polizontes atizaban paliza a alguna mujerzuela en la vía pública. Mas, con seres tan delicados, tan frágiles y muchas veces tan enamorados como lo eran las damas de la corte de aquel entonces y como lo era también su mujer, no sabía qué hacer.

Desde luego, la esposa, que tanto lo había beneficiado al contraer nupcias con él, no hallaba en el matrimonio la compensación afectiva a que aspiraba, cosa, por otro lado, que su esposo tenía el buen tino de reconocer. Y puesto que no era su intención fastidiar en forma alguna a su cara media naranja ni quitarle lo que por lógica le correspondía, optó por hablar, pocos días después de su boda, con toda franqueza y le expuso su opinión respecto al matrimonio. Y según su opinión—bien generalizada y reconocida, por cierto, en aquellos tiempos—el matrimonio era un negocio y nada más y, en consecuencia, nada tenía que ver con el amor y otras zarandajas por el estilo. Y la señora de Meré tomó buena cuenta de las palabras de su esposo.

—Demás está decir, señora—terminó el señor de Meré su peroración,—que no me agradan los escándalos y que es necesario guardar las apariencias en público.

Este modelo de polizonte y de esposo se sentía a sus anchas, como es de imaginarse, en aquellos nefandos días de caza de hugonotes; el hombre, por decirlo así, nadaba en gloria, o, mejor aún, en sangre. Mientras que hasta entonces había tenido que contentarse con actuar en la sombra y desatar sus furias contra la clase proletaria y los pequeños burgueses; ahora, en cambio, no sólo recibió el permiso, sino la orden terminante de perseguir, sobre todo, a los nobles sospechosos, cosa, desde luego, mucho más honorable para nuestro hombre y de la cual podía sacar, además, mejor partido. ¡Guay del que tuviese un libro sospechoso o una prenda de vestir hugonote en su ropero! ¡Guay del que tuviera el atrevimiento de saludar en la calle al almirante Colligny! ¡Guay del que traicionara por la voz o por el gesto su filiación hugonote! ¡Y guay también de todo aquel que no dispusiese de un protector poderoso, que no tuviese algún miembro en su familia, de cuño bien católico, perteneciente al clero o que atestiguara en forma indubitable ser, en todo sentido, un fiel siervo del Señor y saber invocarlo en sus plegarias de acuerdo con el único y legítimo ritual establecido.

Puesto que los denunciantes de hugonotes percibían, a guisa de recompensa parte de la fortuna de éstos, podrá imaginarse con cuánto ardor se inició la caza y cuán difícil resultaría a los pudientes atestiguar su condición e inclinaciones antihugonotes y deducir por fin, cuán brillantes negocios no haría el señor jefe de policía.

Y ocurrió que, hallándose en cierta ocasión nuestro hombre de excelente humor, catando con algunos compañeros los excelentes vinos secuestrados en bodegas de hugonotes, presentárase un mensajero anunciándole haber sido descubierto el escondite de cierto ricacho hugonote a quien se buscaba desde hacía días, e indicara la morada del señor de Monteauban como el lugar de refugio. Este último detalle constituía un pequeño obstáculo, pues el señor de Monteauban no estaba en malas relaciones con la corte y era sobrino del obispo de Tours, estando, luego, libre de toda sospecha de ser hugonote.

Con todo, no le asistía el derecho a dar hospitalidad a semejante pecador, y esta razón bastó para que el señor jefe de policía se decidiera a proceder; púsose al frente de un pelotón de polizontes, hizo rodear la casa de Monteauban y penetró en ella seguido de sus secuaces.

El señor de Monteauban, hombre joven y alegre, que por humanidad había ocultado realmente en su casa a un hugonote, amigo de infancia, tembló por la vida de éste y se opuso a que el señor de Meré registrara la casa. Mas, el jefe de policía insistió, y sus milicos no se hicieron de rogar para penetrar en las habitaciones en busca del hugonote. El señor de Monteauban fué retirándose, a medida que avanzaban los polizontes, hasta llegar a la puerta de su dormitorio donde se hallaba oculto el amigo a quien estaba resuelto a proteger con su propio cuerpo. Pero el jefe de policía, terminada la búsqueda por sus sabuesos en las demás habitaciones, solicitó permiso para entrar en el dormitorio.

El señor de Monteauban, espada en mano, hallábase frente al jefe de policía, pero, posiblemente, de nada le hubiera valido su actitud, si no se le hubiese ocurrido una argucia que, relacionada con el dormitorio de un joven soltero, tenía todos los visos de verosimilitud.

—Caballero—díjole al jefe de policía—aquí no entrará usted. Registre usted a su gusto la casa, pero no dejaré que penetre usted en el dormitorio y mancille el honor de una señora que no desea ser vista y que, puedo asegurar a usted, no se encuentra aquí para hablar de asuntos políticos.

El señor de Meré, en los registros que solía efectuar en casas de otra gente, había presenciado más de una escena semejante y más de una dama había sido hallada por él en lugar comprometedor.

Como en esa oportunidad se hallara un tanto achispado por las libaciones, se sintió picado por la curiosidad y quiso averiguar quién era la dama que se encontraba con el señor de Monteauban.

—¿Se trata de una dama de la corte?—preguntó.

—Eso no le importa a usted—contestó el de Monteauban.

Pero el señor de Meré insistió:

—Quienquiera que sea, es necesario que la veamos o no habría cumplido yo con mi deber.

A pesar de todo, el jefe de policía no se encontraba muy a gusto ante la espada del joven noble, que tan buenas relaciones sostenía con la corte y al cual, de ningún modo debía herir. Felizmente, el joven lo sacó de apuros, mediante una ocurrencia si es posible mejor y más oportuna que la primera y que tuvo la virtud de facilitar al jefe de policía una retirada rápida si bien un tanto desairada.

El joven, dicho sea de paso, conocía al señor de Meré y a su esposa sólo por referencias, pero, en cambio, estaba tanto mejor informado respecto a la gente y las costumbres de su época. Y como quiera que hallárase metido en un atolladero, del cual era necesario salir aunque fuese recurriendo a una argucia un tanto arriesgada, se inclinó y acercando su boca al oído del jefe de policía, como quien quiere comunicar un secreto, le dijo:

—Señor de Meré, usted no entrará aquí, a no ser que pase sobre mi cadáver, y creo que usted mismo no deseará encontrarse con la señora de Meré y sacarla de mi habitación ante sus hombres y los criados, lo cual equivaldría a exponerla a la maledicencia de todo París.

—¡Demonio! —exclamó el señor de Meré.—¡Es lo único que faltaba! Y dirigiéndose a sus hombres: ¡Media vuelta a la izquierda. Marchen!

En el momento de seguir a sus polizontes, agregó:

—Salude en mi nombre a la señora... y que me disculpe. Lamento haberla molestado.

Y se retiró, un tanto azorado, pues no las llevaba todas consigo; en efecto, su mujer—exceptuando al rey, naturalmente—era la única persona ante la cual sentía respeto. Y por esa misma razón, se cuidó muy bien de hacer alusión a la aventura ante ella, agradeciendo a su mujer la delicadeza y discreción con que también ella callara el asunto.

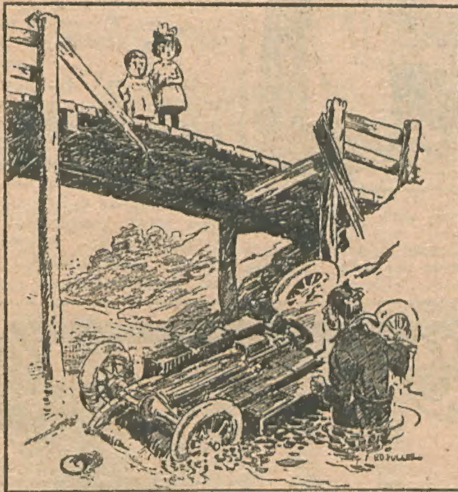
El señor de Monteauban, mientras tanto, condujo esa misma noche a su protegido, deslizándose por los tejados, a lugar seguro.

Y según díceres, el joven, de puro agradecido, no tardó en frecuentar la casa de la señora de Meré, y como quiera que la encontrase tan encantadora como antipático al marido, le ofrendó su corazón, que ella no rechazó.

Algún tiempo después, enteróse de la aventura en la que tan providencialmente la había hecho intervenir el señor de Monteauban, rió de buena gana y se felicitó de la ocurrencia de su amigo, puesto que ella dió origen a su felicidad en brazos del apuesto joven.

Will VESPER.

COMO EN EL CIRCO



—Señor, ¿quiere hacer eso otra vez? Mi hermanito no lo vió caer...

El origen de la palabra pasquín

Llamábase en Roma pasquín o pasquino a un trozo de estatua que representaba, al parecer, un gladiador y se hallaba cerca del palacio de los Ursinos, en la esquina de la calle de los Libreros. A este busto, de escaso valor artístico, se unen curiosos recuerdos.

Pasquín—dice un historiador—era el nombre de un sastre cuya tienda servía de punto de reunión a todos los murmuradores y noticieros. Era el artesano hombre de ingenio agudo y de humor satírico y alegre. Sus dichos adquirieron el nombre de pasquinadas, y no se hacía ni decía en la ciudad cosa alguna contra el gobierno, ni aun contra los particulares, que no le fuere atribuída.

Algún tiempo después de su muerte, excavaciones hechas en las inmediaciones de la casa, sacaron a luz una estatua mutilada que se colocó en el paraje mismo que había ocupado la tienda del sastre, siendo bautizada con el nombre de Pasquín, en memoria del difunto.

Entonces se quiso dar al personaje de piedra el carácter de aquel cuyo nombre llevaba; y se estableció la costumbre de fijar de noche en el zócalo de la estatua papeles, conteniendo epigramas y sátiras contra los personajes más en boga, sin exceptuar a los mismos soberanos pontífices, que en más de una ocasión tuvieron que sufrir críticas acerbas.

Algún tiempo después, una nueva estatua entró en escena. Hallábase a corta distancia de la de Pasquín, y recibió el nombre de Marforio. Simulábase que Pasquín y Marforio hablaban de los asuntos que más preocupaban entonces la atención pública, y las preguntas que aparecían en el pedestal de una de las estatuas, recibían su contestación de los carteles fijados en el pedestal de la otra.

Las diatribas más sangrientas obtenían de este modo una publicidad rodeada de cierto prestigio tradicional. Con frecuencia, a decir verdad, la gracia sazonaba estos desahogos epigramáticos del pueblo; y sería larga la historia de esta censura anónima oculta, que en los recuerdos de la Roma de la Edad Media, casi ocupa un lugar entre las instituciones nacionales.

Cuéntase que Alejandro VI, papa cuya conducta personal se prestaba bastante a las punzantes sátiras de Pasquín, respondió a sus cortesanos que le aconsejaban que hiciese arrojar al Tíber al crítico implacable: "Me guardaré muy bien, porque se convertiría en rana que me importunaría día y noche con sus gritos".

Y sin embargo, Pasquín se permitía dirigir al pontífice terribles alusiones. Una mañana, por ejemplo, se encontró en el pedestal de la estatua cierto dístico latino que venía a decir poco más o menos lo siguiente:

"Tarquino fué el sexto rey. Nerón el sexto emperador".

"Todavía hay un sexto... El número seis fué siempre fatal para Roma".

Pasaron siglos sin que la vena de Pasquín se agotase, porque en 1670 vemos en las cartas de Guy-Patin, este párrafo alusivo a la cuñada de Inocencio X:

"La señora Olimpia gobierna al papa y al papado".

Se dice que lo vende todo, lo toma todo y lo recibe todo. Ha llegado a ser como los abogados, un animal que marcha a derecha e izquierda; lo que ha dado lugar a esta oportuna frase de Pasquín: "Olimpia olim pia nunc harpia". Literalmente: "O impía, piadosa en otro tiempo, ahora arpía". La descomposición de la palabra Olimpia está ingeniosamente hecha.

Desde principios de este siglo Pasquín ha enmudecido, pero su nombre nos ha legado la palabra pasquín, cuyo sentido conoce todo el mundo.

La página de los lectores

Las colaboraciones para esta página no deben contener más de cincuenta palabras, y sólo se publicarán las que se juzguen de interés.
Diríjanse bajo sobre a la siguiente dirección: MUNDO ARGENTINO.—"La página de los lectores"—Maipú 393—Buenos Aires.

¿Cuál es en mi concepto la mujer ideal?

¿Mi ideal? Ya lo he encontrado. Lo constituye una simpática morocha, de un mirar dulce y expresivo, de abundante cabellera, a la cual amo desde el mes de noviembre ppdo. sin saber si mi amor será correspondido.—*Estudiante normal.*

El ideal que mi mente se ha forjado es aquella simpática chica del barrio de Flores, de tez blanca y tersa y de unos ojos castaños encantadores, que al fijarse en mí han dejado mi corazón aprisionado.—*F.... R.....*

¿Mi mujer ideal? Sería una morena, ojos castaños, cabello negro, boca chica y además que tuviera unos 16 abriles aproximadamente. ¿Leerá la que amo este pensamiento?—*Cacique.*

Mi ideal que ha forjado mi mente desde mi niñez es un simpático morochita, muy bien educada, como sé yo que lo es ella, de ojos negros, cabellera ondulada, para que dentro de tres o cuatro años más podamos formar un hogar donde juntaremos en uno solo nuestros dos corazones.—*Alfr. Ramos.*

Mi ideal lo constituye una joven rubia, de 16 a 18 años, de estatura mediana, desearía que le gustara el baile y los deportes como le gustan al que será su fiel compañero. Su nombre es Teresa y su apellido empieza con S. y termina con o.—*P. J. L. el Suarense.*

Mi tipo de mujer ideal, creo lo he encontrado, y mi deseo sería que me contestara por medio de "Mundo Argentino". Sus iniciales son así: L. L. T. Es alta, rubia, sus padres son de la patria de Luis XV.—*Rock a bye baby.*

El ideal que endulza mi acibarada existencia lo constituye una simpática chica providencience, de negros ojos y sedeños bucles, con quien tuve el sublime privilegio de estrechar entre las mías su manecita de virgen. Sus iniciales son C. y B. ¡Ay!... ¡Si sus hermosos ojos se posaran en estas pálidas líneas!...—*Gabriel de Vargas.*

Mi ideal lo constituye una mujer entre los 20 y los 30 abriles, que sea de buena presencia, como lo es el que será su fiel esposo, que ame mucho como yo la amaría a ella y, si posible fuese, que tuviera una casita para formar nuestro hogar, ya que yo no la poseo.—*Wáshington.*

El hombre que constituye mi sueño

Mi ideal lo constituye un morocho simpático, viste generalmente traje oscuro, tiene 19 ó 20 años, se llama C. R., vive en la calle Entre Ríos. Me he enamorado completamente de este chico y deseo que conteste a—*Chica Rosarina.*

Mi ideal lo constituye un joven rubio al que amo con locura; pasa por casa casi todos los días y va al biógrafo Olavarría. Yo quisiera que sus ojos se posaran en estas líneas, y si me corresponde me contestara. ¿Aceptará el ingrato?—*La boquense cariñosa.*

Mi ideal soñado, hélo aquí: un simpático jovencito, de regular estatura, más bien gordito, vive en Bánfield y está empleado en el centro. Me abandonó sin saber yo el motivo. Si sus expresivos ojitos recorren estas líneas, ¿se dignará pasar por casa, o contestar a —*Morocha que ha quedado pensativa?*

Mi ideal lo constituye un simpático joven, de 19 a 20 años, regular estatura, cabello ensortijado, rostro pálido, y que tenga unos ojos negros como el azabache.—*Chica de 16 años.*

PUNTOS DE VISTA



—Nos han dicho que este país es muy sano.
—No lo crea usted, señor; yo llevo en él setenta años y a pesar de eso estoy llena de dolores y alifafes.

¿Cuál sería mi mayor felicidad?

Mi mayor felicidad sería que el simpático rubio que yo adoro no sea tan melancólico, pero sí más solícito y cariñoso con—*Rubia Ituzaingó.*

Mi mayor felicidad sería que mi cabello fuera ondulado, así me podría peinar al gusto de quien tanto me quiere.—*Margot.*

Mi mayor felicidad sería que el chico que tanto adoro se sane de su enfermedad y así saldrá pronto de ese hospital tan triste y solitario.—*Dotty.*

Mi mayor felicidad sería irme a mi querida tierra argentina, al lado de mi querida madre, para que fuera más llevadera esta vida de sufrimiento que llevo siempre...—*Nabisa.*

Mi mayor felicidad sería que esa rubia a quien amo en silencio, llamada L. P., supiera corresponder a mi sincero amor, para luego formar un feliz hogar, rodeados de la más completa armonía.—*Un rubio imperturbado.*

Mi mayor felicidad sería que el joven a quien amo se restableciera pronto de su enfermedad.—*Lirio.*

Encontrar entre los lectores de esta querida revista un hombre bueno, cariñoso, honrado, libre como soy yo, que haya sufrido para que me ame mucho y poder formar un hogar feliz, pues hasta hoy sólo tuve padecimientos. Si existe, conteste. Prefiero que sea rubio, porque soy—*Morocha isleña.*

Mi mayor felicidad consiste, para la próxima cosecha, contratar el azúcar de todos los ingenios tucumanos para endulzar los horas amargas del resto de mi vida.—*Miguel A. Nahas.*

Mi mayor felicidad sería que desaparecieran de sobre la tierra los seres felinos, que se complotan en las sombras de sus abstractos pensamientos y derrumban, sin compasión, la innegable dicha que encierra la divina ciudadela del amor. Que se borraran, eternamente del mundo, los parásitos y oprobiosos seres que troncharon mi felicidad, relegándome al dolor y al sufrimiento para los dichosos días que me esperaban en mi joven existencia.—*Salvador M. Cosentino.*

Sería mi mayor felicidad saber tocar el violín, para que así, cuando me hieran desventuras que me sujeten al dolor, para calmar mis amarguras, dar rienda suelta a su música sublime, y volcar en él toda la pena que me embarga.—*La nostálgica Sarita (Rosario).*

Mi mayor felicidad sería encontrar una morocha que sea amante de la música y que ame a su esposo y a sus hijos, y que no sea orgullosa.—*El guitarrista Fernando L. Cordero.*

Mi mayor felicidad sería que la chica que amo locamente leyera estas líneas y se dignara contestar a su pretendiente. Sus iniciales son H. A. C.; vive en Bahía Blanca.—*Alma que sufre.*

La fatiga obrera

El doctor Alfredo L. Palacios ha examinado científicamente las condiciones del trabajo entre nosotros. — El laboratorio en la fábrica. — Un obrero no puede trabajar más de ocho horas diarias ni más de cuatro seguidas. — A las diez horas de labor, el obrero es como un niño idiota. — Las madres obreras están sufriendo un martirio y con ellas peligra la raza. — Obligaciones ineludibles del Estado para con los trabajadores en bien de su salud.

El doctor Alfredo L. Palacios, siempre preocupado con la suerte de los trabajadores, ha realizado en estos días interesantes experiencias para comprobar científicamente los grados y condiciones de la fatiga obrera. Con los resultados de esas experiencias, propónese publicar un libro, editado por la Facultad de Ciencias Económicas, de que es profesor. Lo entrevistó para que adelante a "Mundo Argentino" algunos datos generales de sus estudios.

—A pesar de que la masa del pueblo—le digo iniciando la conversación,—antes tan entusiasta con usted, le niega ahora su voto en las elecciones, usted no abandona nunca su atención para con las clases trabajadoras.

—La suerte de los obreros—responde en seguida—me ha preocupado siempre y seguirá preocupándome. A luchar por el bienestar de ellos he destinado mi vida. Bregué primeramente por que obtuviesen representación en el Congreso; cuando lo conseguí, arranqué a las clases poderosas todas las leyes humanitarias que pude para elevarlos de condición; ahora, acudo a sus organizaciones, a sus centros de trabajo, a sus hogares para palpar de cerca sus necesidades y seguir haciendo por ellos todo lo que esté en mi mano. No busco otro premio que el de la propia satisfacción y el de obtener un poco de justicia para los que de tanta necesitan.

—Son ya conocidos—vuelvo a decir—los trabajos que en estos últimos años ha realizado usted para estudiar las organizaciones obreras del mundo y los nuevos sistemas de legislación del trabajo. Ahora, sé que ha hecho usted estudios también para establecer en qué condiciones fisiológicas y psicológicas trabajan los obreros en nuestro país.

—Sí; he efectuado investigaciones amplias y minuciosas, a fin de conocer los efectos de la labor cotidiana sobre los trabajadores.

—¿Cuál es el punto central de tales investigaciones?

—El movimiento que se ha producido en todo el mundo alrededor del sistema de las ocho horas.

—¿En qué consiste la cuestión?

—La ley de ocho horas, es una conquista obrera de nuestros días. Como curioso dato histórico, puedo decir que nuestra América es el primer lugar del mundo donde se conoció tal ley.

—¿Dictada por quién?

—Asómbrese: por un monarca tan tétrico y absoluto como Felipe II.

—¿El fanático?

—Sí; aquel rey, personificación del absolutismo monárquico, fué el primer legislador del mundo que ordenó la jornada diaria de trabajo en ocho horas, y la ordenó así para las Indias españolas, para Hispano-América, en el siglo XVI. Hay una real orden suya que establece ese máximo diario de labor para los trabajadores de nuestras tierras.

—Y ¿se cumplió esa orden?

—Desgraciadamente, no. Como la mayor parte de las leyes que daban los reyes españoles para las Indias, al llegar aquí sufrió la resistencia de los funcionarios y potentados que con ella se perjudicaban. Pero, de cualquier modo, la intención del rey es clara y humana. Quiso establecer tal horario, porque, como lo expresa en su decreto, es el que respeta la salud del trabajador; y lo dividió en dos períodos de cuatro horas, de modo que hubiese un descanso intermedio.

—¿Tal como hoy se desea?

—Exactamente; con un admirable sentido previsor.

—Bien; pero ¿tropieza hoy con algún inconveniente la aplicación de esa jornada, ya admitida legalmente por los países más adelantados?

—Ahí está la cuestión. Se ha convertido en ley por los clamores y las amenazas de la clase obrera y por el consejo sereno de todos los hombres justos; pero después de la guerra, la clase capitalista ha iniciado una reacción poderosa en todas partes, con el objeto de derogar la disposición.

—¿A qué se debe esa reacción?

—A codicia, no le quepa la menor duda. Es evidente que después de la guerra la producción industrial ha mermado en todos los países.

—¿Por la llamada ola de pereza?

—Sí; eso dicen los patrones; dicen que una ola de pereza ha invadido el campo del trabajo. Son palabras vanas. Lo real es que el obrero, que ha abierto enormemente los ojos, se resiste cada vez más a seguir produciendo para que ganen unos pocos. El obrero aspira a trabajar para bien de la sociedad.

—Y en tal situación, los capitalistas ¿quieren obligarlo a trabajar más de ocho horas diarias?

—Claro está. En realidad, lo hacen ya todos los que quieren, pues además de que no siempre acatan la ley, la ley misma les da asidero para aumentar el horario, con la disposición de que pueden dar dos horas más de trabajo a destajo a los obreros que lo deseen, y los obreros, apremiados por la necesidad, hacen de diez horas su jornada diaria. Pero quieren derogar la ley, a fin de proceder más libremente.

—¿Qué razones alegan en su favor?

—Las que le he dicho: el decrecimiento de la producción en la postguerra.

—Y ¿habría inconveniente en que se aumentaran las horas de trabajo, siempre que se aumentase proporcionalmente la retribución?

—Eso es lo que he querido examinar por mí mismo. Entre los hombres de ciencia que se han ocupado con el asunto, es ya indiscutible que una jornada superior a ocho horas aniquila al hombre en poco tiempo; pero yo he deseado comprobar el hecho por mí mismo, para asegurarme definitivamente y ampliar o corregir de paso algunas de las demostraciones anteriores.

—¿Cómo ha realizado sus experiencias?

—De la única manera posible: llevando el laboratorio científico a la fábrica. En Norte América se está extendiendo considerablemente el sistema de trabajo industrial ideado por Taylor. Es un sistema admirable desde el punto de vista que se propone. En él están previstos todos los detalles de la labor, de tal modo, que en la jornada cotidiana puede decirse que el obrero no pierde un minuto de tiempo, lo cual, naturalmente, le coloca en situación de rendir el máximo. El obrero pasa así a ser una máquina más, un engranaje más de la gran maquinaria que es toda la fábrica con hombres y hierros.

"Pero he aquí que mientras para las máquinas se pone un empleado especial, que tiene por nombre "el conservador" y se encarga de vigilar todos los rodajes y mecanismos, para el obrero, convertido en máquina también, no hay "conservador" que vigile sus desgastes.

"Pues bien: yo me he dicho: el obrero, la máquina humana, antes que la máquina material, necesita quien vigile su organismo y dé el toque de atención cuando falle en alguna parte; y este vigilante, no puede ser más que el hombre de ciencia, ayudado por los instrumentos matemáticos. En el estado actual de cosas, el trabajador, abrumado por una tarea superior a sus fuerzas, concluye en un desecho humano, que no puede tener cabida más que en un hospital; en el mejor de los casos, hay para él enfermerías en las fábricas, que intentan auxiliarlo cuando el mal ya se ha manifestado y es irremediable, por lo regular. Pues, ¿porqué no ha de tenerse el laboratorio que prevea el mal y lo evite? ¿Por qué la máquina humana no ha de ser conservada como la material, no imponiéndole más trabajo del que pueda hacer."

—¿Podría detallarme cómo usó usted del laboratorio?

—Por intermedio de la Facultad de Ciencias Económicas, solicité del gabinete de psicología experimental de la Facultad de Filosofía y Letras los aparatos necesarios: un cardiógrafo, un pneumógrafo, un dispositivo de Patrizi, etc. Los pusieron a mi disposición gentilmente, como asimismo al yudante del laboratorio José L. Alberti, que conoce su manejo técnico.

—¿En qué fábrica los instaló?

—En los talleres del Estado del Riachuelo y luego en las Obras Sanitarias de la Nación.

—¿Tuvo alguna razón para preferir esos sitios?

—Varias. La primera, que se trata de talleres donde los obreros trabajan en las mejores condiciones, no sólo de higiene y comodidad, sino también de regularidad, ya que no tienen encima el apremio del patrón particular, siempre más avaro. Era necesario que tomase a obreros en las mejores condiciones, para que no se dijese luego que había ido a realizar experiencias sobre los que se encuentran excepcionalmente mal. Además, se comprende que los establecimientos oficiales me ofrecían más libertad para hacer los ensayos del caso.

—¿Examinó usted a los obreros uno por uno?

(Sigue en la otra página).

EL MUNDO ES UN PAÑUELO
Valga la comparación



—¡Cuánto me alegro de haberlo encontrado! ¡Qué agradable casualidad!
—Realmente, es una casualidad; entre tanta gente como hay aquí es tan difícil como hallar una aguja en un pajar.

—Sí; a un gran número. También al elegir los sujetos de experiencia me fijé en los más normales. Todos fueron hombres de 25 a 40 años y en perfecto estado de salud, de suerte que si se notaban fallas en ellos no pudieran ser achacadas a otras causas que el trabajo.

—¿Cuál fué su examen?

—Primero: saber en qué estado de energía, de atención, etc., entraban en la fábrica por la mañana, sometiéndolos al registro de los aparatos. Luego, los volvía a examinar al concluir las cuatro horas de trabajo; los examinaba por tercera vez al volver de almorzar, con dos horas de descanso, y, por fin, a la tarde, al terminarse la labor del día.

—¿Resultados?

—Son curiosos: en las cuatro horas de la mañana, el obrero, invariablemente, experimenta el máximo de desgaste; quizá se debe a que, por lo común, van al trabajo con un mal desayuno; en las cuatro horas de la tarde, la fatiga es mucho menor, como que van almorzados y con un descanso que los ha rehecho de la fatiga de la mañana.

—¿Qué consecuencia saca usted de ese hecho?

—Por lo pronto, que el horario de ocho horas no puede ser continuo, como lo imponen algunos patrones. Lo más que el obrero puede trabajar seguido, son cuatro horas. Una jornada de seis horas, pero continua, sería inaceptable también.

—Y la jornada de ocho, con las dos intermedias, ¿cómo ha comprobado usted que es la máxima que puede fijarse?

—Haciendo trabajar a los obreros dos horas suplementarias. Por pedido mío, durante una semana se les dió a los obreros escogidos dos horas diarias más de trabajo a destajo.

—¿Qué observó en ellas?

—Que a la novena hora, la producción del obrero, comparada con la octava, disminuía hasta un sesenta por ciento, y en la décima hasta un cuarenta por ciento. Los hechos son terminantes: aun en las condiciones más favorables de trabajo, si el obrero llega a trabajar más de ocho horas, apenas produce la mitad.

—¿Y sus condiciones físicas después de diez horas?

—Sencillamente deplorables. Después de trabajar diez horas, los obreros quedan con una atención y un pulso desastrosos. Hemos hecho comparaciones, y a veces un hombre vigoroso, de treinta años, se hallaba en un estado de atención rayano con el de un niño idiota. Tengo las gráficas que lo demuestran palmariamente y que publicaré en un libro sobre la fatiga.

—¿Ha hecho usted comparaciones entre casados y solteros?

—También. En los ocho primeros días, el casado rinde más, porque se apresura; pero el apresuramiento lo fatiga y se pone a la par del soltero después de ese plazo.

—¿Y entre hombres y mujeres?

—No me he detenido especialmente, porque eso demandaría un estudio aparte; pero de pasada he podido realizar algunos experimentos en ello y creo que, en igualdad de condiciones, la mujer produce tanto como el hombre, y es superior a él para los trabajos de atención.

—¿Y en las mujeres solas? ¿No ha estudiado usted su trabajo?

—¡Cómo no! Es la parte de mi estudio que he hecho con más cariño, porque es la fundamental. Entre otras varias investigaciones, recurrí a la escuela de niños débiles del Parque Olivera. Es un espectáculo anonadante. Al ver tantas criaturitas de cuerpos raquíticos y rostros amarillentos, pensé en las madres. El director del establecimiento, que desde el primer instante se prestó solícito a mis requerimientos, hizo en seguida una encuesta entre los padres de sus asilados. El resultado no ha podido ser más elocuente: todos los niños son hijos de madres obreras que han trabajado durante el embarazo. Es una cosa brutal: muchas de esas madres, trabajaban diez horas diarias y al regresar a casa todavía tenían que hacer las tareas domésticas; y eso, hasta el momento de caer en cama, para reanudarlo en cuanto podían levantarse, dejando a sus hijitos horas y horas en manos de una vecina o del hermanito que lo revuelca por el suelo en el conventillo.

—¿Cómo quieren que luego no haya cuerpos miserables, incapaces de resistir el menor esfuerzo? — exclama con calor, y añade:

—Precisamente tengo una estadística de los exceptuados en varias clases por falta de talla y de tórax. Sobre un número determinado, el porcentaje de los muchachos de familias obreras exceptuados por esas causas, es abrumador.

—¿Quiere decirse, entonces?

—Quiere decirse, en resumen de los puntos que hemos tratado:

1.° Que la jornada máxima de trabajo, son ocho horas; una hora más por día, es arruinar al obrero en poco tiempo.

2.° La jornada debe estar dividida en dos períodos de cuatro horas; más de cuatro horas seguidas, no se resisten.

3.° Las madres deben descansar absolutamente, por lo menos durante los dos últimos meses del embarazo y un mes o mes y medio en el puerperio.

4.° Todas las casas donde trabajen mujeres, deben tener salas-cunas, para que las madres no abandonen a sus hijos y puedan darles el pecho durante el día.

5.° En cada fábrica debe instalarse el laboratorio que vigile la salud del trabajador.

—Claro está—añade el doctor Palacios—que todo eso debe hacerse por ley del Estado, no por caridad. En el caso de las madres obreras, por ejemplo, de nada sirve que ellas quieran o no descansar cuando deben, si las necesidades del hogar reclaman una entrada insustituible. El Estado debe hacer que su sueldo esté asegurado en ese período, y las salas-cunas tendrán que imponerlas como obligación.

—Amigo mío—termina el ilustre profesor y popular tribuno:—la sordidez de unos pocos está matando a la raza y es necesario evitarlo con todas nuestras fuerzas. No es ya solamente el justo interés de una clase lo que se defiende: es el interés de la raza misma, es un interés de humanidad.

Luis DEL VALLE.

(Véase las fotografías de este artículo en las páginas centrales).

CUADROS DE LA HISTORIA ANTIGUA



La esposa de Salomón va a tomar baños de mar.—¡Adiós, nenita! ¡No te olvides de escribirme todos los días!

Llegada de Angel L. Firpo a su patria



El campeón argentino de box durante su visita al Club de Gimnasia, donde se le rindió un homenaje de bienvenida haciendo uso de la palabra el Dr. Cullen Ayerza.



La multitud que esperó en el puerto de la capital la llegada del campeón para tributarle su popular homenaje.



El vapor norteamericano "Southern Cross", que traía a su bordo a Firpo, en el instante de entrar en el puerto.



Las comisiones de distintos clubs deportivos que fueron a recibir a Firpo con banderitas argentinas y norteamericanas.

Fots. Suñé y Louzán.

Notas gráficas de la semana



El rector de la Universidad de Buenos Aires, doctor José Arce y demás personas que ocuparon la tribuna en la inauguración oficial del primer curso al dictarse bajo el patrocinio de la Universidad de París en Buenos Aires.



Aspecto que presentaba el salón de actos del Colegio Nacional, en el momento inaugural de los cursos.



Obreros de los talleres de la compañía de tranvías Anglo Argentina que tomaron parte en la construcción del primer coche tipo subterráneo que se fabrica en el país con materiales argentinos.



Banquete en honor del doctor Ortiz, que con motivo de su retiro de la dirección del hospital de Niños, le dieron sus camaradas y alto personal del establecimiento.

Fots. Lourán y Suñé.

Algunas notas deportivas de interés



Los boxeadores L. Galtieri (argentino) y L. A. Campis (español), momentos antes de comenzar la pelea en la que resultó vencedor el primero de los nombrados por "knock-out" en el segundo round.



El equipo de "San Lorenzo de Almagro" que jugó contra "Independiente", sin lograr definir el partido.



El team de "Independiente" que contendió con "San Lorenzo" y que a causa del excesivo público no pudo determinarse la partida.



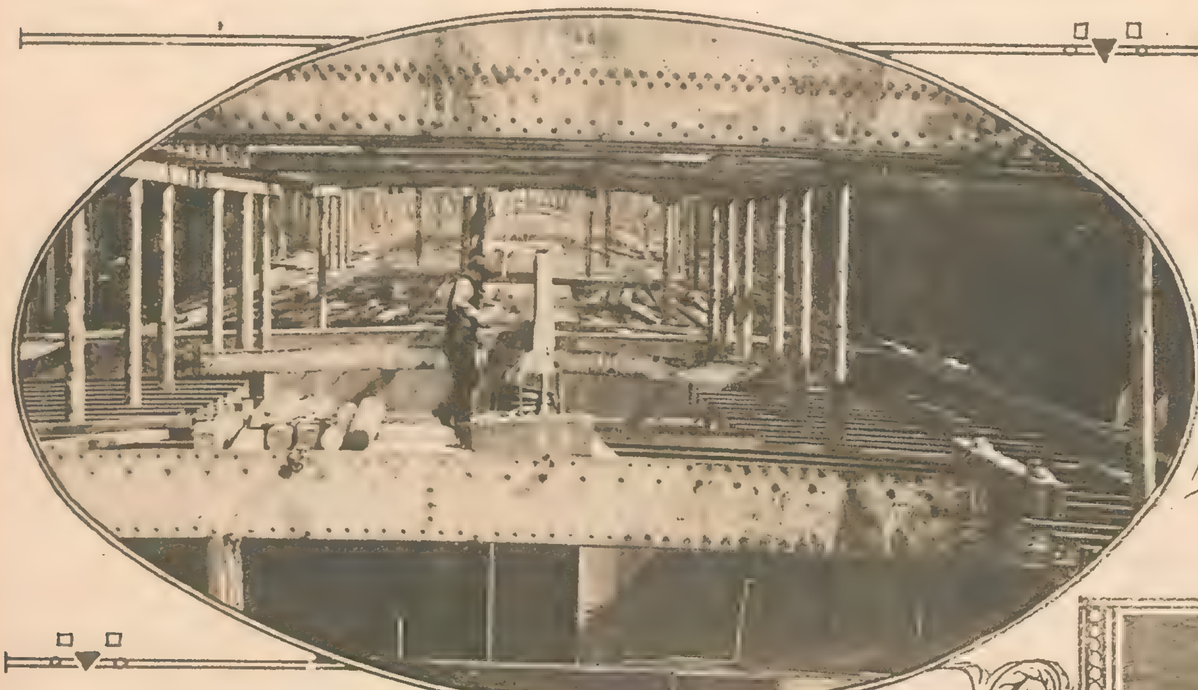
Ciclistas que tomaron parte en la carrera organizada por la Federación Ciclista Argentina para establecer los corredores que intervendrán en la prueba final de la "Copa de las Naciones".



Los corredores A. Secchi y E. Mayer que ocuparon, respectivamente, el primer y segundo puesto en la carrera de selección.

Fots. Louzán y Net.

La fatiga obrera y la jornada de ocho horas



Un hombre que trabaja en la construcción de vapores, rodeado de toda clase de peligros, al cabo de las ocho horas se encuentra en un estado de nerviosidad tal que le impide materialmente continuar la labor.



Está demostrado científicamente que el elemento femenino en las fábricas produce una labor abundante y que después de transcurridas las ocho horas, divididas en dos turnos de cuatro, empieza a decaer en calidad y cantidad



Unas muchachas que trabajan en una fábrica de vidrio ocupándose en la pulimentación de vasos, que se encuentran constantemente en medio del agua y la humedad



Imagínese el lector en qué estado de agotamiento se hallarán estos pobres muchachos después de la jornada junto a los hornos de fundición donde trabajan.



El hermoso cuadro de Luis Graner titulado "La herrería", que fué premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona en 1894, refleja, con toda verdad, la faena junto al yunque y la fragua para ganarse el pan nuestro de cada día.



Fotografía de un obrero de los que examinó el doctor Palacios, de quien se habla en el artículo correspondiente, provisto de un dispositivo para pneumografía y cardiografía



Fotografía tomada en un hogar pobre donde quedan las criaturas al cuidado de su hermanita mayor mientras sus padres se encuentran en la fábrica o el taller ganando lo necesario para la vida



El frugal almuerzo de los que trabajan a la intemperie sufriendo todas las inclemencias del tiempo.



Los obreros de una fábrica, al terminar las primeras cuatro horas de trabajo, se dirigen a sus respectivos hogares para reponer las fuerzas que les requerirán las cuatro horas complementarias de la jornada

Léase el artículo correspondiente a esta nota fotográfica en la página 7.

Notas gráficas del interior



ROSARIO. — Jugadores que componían el team "Newell Old Boys", que venció al "Rosario Central" por un goal a cero, en el match realizado por la Copa Campeonato.



Team del "Rosario Central", que perdió el partido por uno a cero, desarrollando, no obstante, un magnífico juego en la interesante prueba.



El referee señor G. Repossi, de la Asociación Argentina de Football, acompañado de los capitanes de ambos teams.



Aspecto que presentaba la tribuna oficial durante el desarrollo del match.



Parte del público que presenció el partido desde la tribuna popular.

Fots. Martín.



JARDÓN (F. C. O.) — Cariñoso y sentido homenaje realizado por los alumnos de la escuela N.° 31, ante la tumba de su ex directora, el día del aniversario de su fallecimiento.

Fot. Quiroga.

Información gráfica de actualidad





El doctor Ricardo Rojas, el señor Clemente Onelli y distinguidas señoras que asistieron a la apertura de la exposición de arte retrospectivo, organizada por la Comisión Nacional de Bellas Artes.





Luis Angel Firpo, rodeado por los artistas de la compañía del Liceo, que le entregaron una medalla de oro, celebrando los triunfos obtenidos en los Estados Unidos por el gran pugilista argentino.



Público que asistió a la simpática fiesta.





La "Sociedad de jardineros alemanes" festejando el XV aniversario de su fundación.



Información gráfica del interior y el exterior



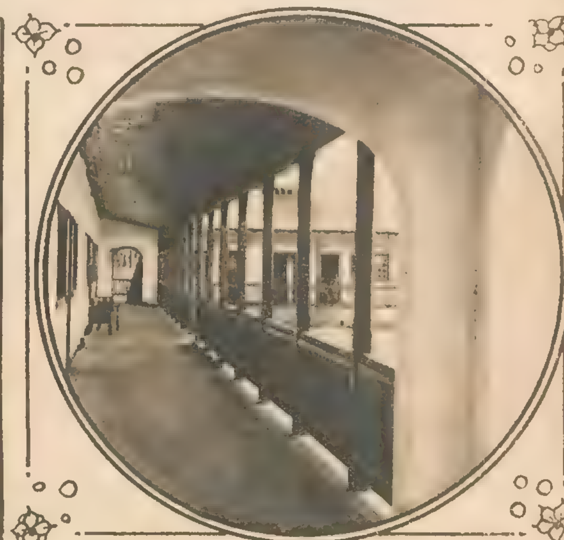
Aspecto que presenta el nuevo edificio del hotel construido al borde de las cataratas del Iguazú.



Una de las galerías del hotel desde donde pueden admirarse las famosas cascadas



Grupo de las personas que habitaron el nuevo hotel por primera vez.



Vista de la galería central del hotel.

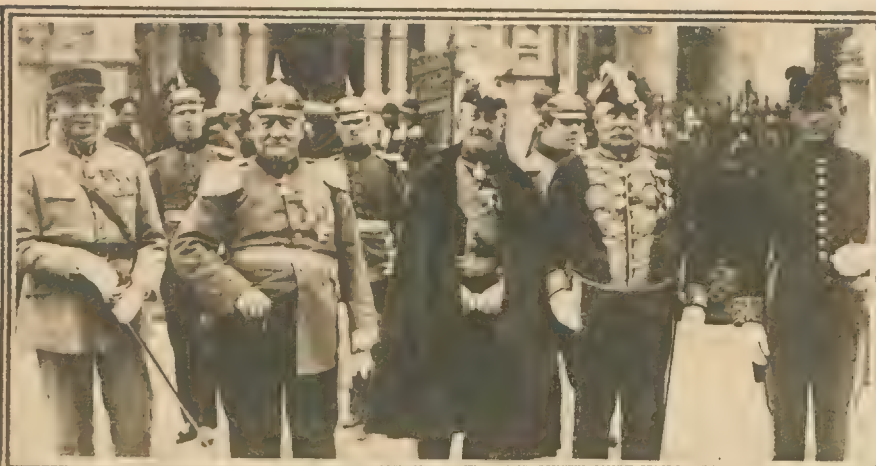
CHILE



Los bomberos voluntarios de la 4.ª y 10.ª compañía de Valparaíso haciendo ejercicios combinados.



La representación diplomática argentina que asistió a la apertura de las Cámaras chilenas.



Los diplomáticos representantes de Francia y Bélgica llegando al congreso para asistir a la apertura del congreso de Chile.



Concurrentes al banquete que ofreció el agregado naval del Japón en Valparaíso, con motivo del aniversario del combate naval de Tsushima.

Dos vidas

I

Todo era silencio en aquel hogar donde el puñal de la calumnia y el dardo nocivo de la envidia habían dejado profundas huellas. El hogar de la delicada y gentil Lita; toda cultura, toda educación, se hallaba envuelto por una espesa y negra niebla de nostalgia.

¡Pobre niña! ¡Cuánto había sufrido!... Ni el cariño poderoso e incomparable de sus padres, ni las palabras de aliento de sus buenas amigas, pudieron borrar ese aire lánguido de su angelical rostro...

II

Había nacido para sufrir. Este era su destino. En su niñez fué muy feliz rodeada de los suyos, que le prodigaban toda clase de cuidados.

Un carácter bondadoso como el suyo, una inteligencia clara y elevada, un ambiente de rectitud y cultura fueron los que coadyuvaron en el sentido de que esta niña poseyera un poder de percepción poco común, que le hacía ver siempre el más allá, analizar con mesura cada uno de los hechos vitales, la causa que los motiva, la fuerza que los ejecuta, la consecuencia, en fin... ¡todo!...

Y ya cuando contaba quince años de edad, se había trazado una norma de conducta, de la que no se desviaba. La rectitud y seriedad, encuadrada, no obstante, dentro de un marco de amabilidad, era su lema.

Niña aún, su alma no era ya joven, porque había tropezado con numerosas vicisitudes... Y fué entonces cuando Amor, ese acicate poderoso, ese pan indispensable en la vida de los sensatos, llamó a las puertas de su noble corazón y éste no permaneció impasible ante tan imperioso llamado.

Mas, siguiendo su lema, quiso ser fuerte; no dió a entender, desde el primer momento, al que le juró amor eterno, que sería el ser que más amaría o —mejor dicho—que ya lo era, puesto que era el primer amor, que, con su pasión ardiente, había hecho revivir sus juvencias, haciendo que fuera una realidad en su espíritu aquello de que "les premiers sentiments sont toujours les plus naturelles".

Lejos de demostrarle su pasión avasalladora, quiso parecerle indiferente. Averiguó sus antecedentes, sus condiciones morales, y cuando creyó que reunía las cualidades de un perfecto caballero, que mereció su confianza, comprometióse seriamente con el hombre que soñara ser su eterno compañero. Ernesto del Campo era su nombre.

Cuando más segura estaba la encantadora Lita de su Ernesto, algo raro sucedíale. Sabía que él la adoraba y que ella no le correspondía con menos vehemencia; le sabía dignísimo de su confianza, pero llegado el momento de estar solos, no sé por qué motivo Lita enmudecía. Tributó siempre una gran adoración al dios del silencio, pués sabía que el que habla, generalmente no sabe por qué lo hace, pero el que calla sí sabe por qué.

Ante tal actitud, Ernesto creyó que el amor de Lita se iba enfriando, y lo lamentaba en el alma, porque, en realidad, la adoraba. Y ella, por su parte, sentía que una incontrarrestable tristeza hacía presa de su corazón; sentía necesidad de decirle cuánto le amaba, de explicarle a qué respondía su actitud, pero no se atrevía.

Y fué para desahogar ese torrente impetuoso que avasallaba todo su ser, que buscó el bálsamo en un confidente..., y ésta fué la única vez que obró sin vacilar. Confióle todo a Kety, a quien creía su mejor amiga. Esta escuchó toda la relación que le hiciera Lita, con aparente alegría y sin interrumpirla un solo instante. Y Lita concluyó su confidencia con esta pregunta:

—¿Me ayudarás a que esta tortura termine?... ¿Le explicarás fielmente todo?... Tú puedes hacerlo, pues tienes mucha confianza con mi Ernesto...

—¡Encantada, querida!... ¿Cómo no hacerlo, siendo tú mi mejor amiga, mi hermana casi?... No te preocupes, yo hablaré al respecto con él, porque no ignoras que es muy amigo de la casa, y te prometo que no tendrás por qué creer que eres indigna de él. ...

Un ternísimo beso de agradecimiento y dos lágrimas que, como gotas de rocío, se deslizaron por las nacaradas mejillas de Lita, sellaron aquella memorable entrevista de las "amigas".

III

¡Cuánta hiel encerraban las falsas palabras de Kety! ¡Cuánta ironía en sus planes de reconciliación!... Ella amaba a Ernesto, al novio de "su amiga", desde hacía mucho tiempo; y para



satisfacer sus anhelos, en la primera entrevista que con Ernesto tuvo, lejos de cumplir la palabra que había dado a Lita, no se ocupó sino de detractarla, atribuyéndole hechos bochornosos y diciéndole que, como buena amiga de él, tenía la obligación moral de avisarle, ya que la que él creía "una santa" no hacía sino burlarse de su amor, que tenía otros festejantes, en fin, todo lo que acudió a su lengua viperina para alejardo de Lita.

(Sigue en la otra página)



Y fué tan maestra al ejecutar su obra destructora, que Ernesto terminó prestando oído a las calumnias injuriosas y dejó de visitar a Lita. Pero de su retina no se apartó jamás la visión de la que soñara para dulce compañera de sus días, y ese gran amor jamás se extinguió.

Kety no puso punto final a su obra; quiso llenar satisfactoriamente su papel, y una tarde, con arte diabólico impregnado de una fina falsedad, díjole a Lita de Ernesto lo mismo que ella habíale dicho a éste de aquélla.

Aconsejóle que lo olvidara, pues era indigno que se recordara a uno que, como él, tan cínicamente habíase burlado de su amor...

IV

Festejábase una fecha íntima en casa de Kety. Esta presentó a Lita un amigo, al que recomendó en especial que conversara con ella, ya que "tenía una conversación fascinadora".

Al llegar Ernesto y al verla tan entretenida con otro, no dudó ya de las palabras de Kety, y, creyéndose defraudado en realidad, con ira, por despecho, ese misma noche pidió a Kety que consintiera ser su esposa.

La alegría de Kety y la desesperación de Lita fueron los contrastes más tristes y fuertes que he visto en mi vida.

V

Han transcurrido dos años desde ese fatal encuentro. Kety y Ernesto se han casado. El no la ama; en su mente perdura nítido el recuerdo de Lita. Ella, maligna, se halla satisfecha. Ha logrado su propósito: ha sembrado el dolor y la desolación en torno de Lita.

Pero no han formado un hogar. Conviven en un mismo techo; pero aun así se sienten solos, ya que esa unión no tiene por base los sólidos y duraderos cimientos del amor.

Ahora que observa la risa irónica de su esposa, cuando de Lita se habla, Ernesto del Campo va entreviendo todos los acontecimientos, y ya no duda que ha sido víctima de un engaño brutal, y maldice una y mil veces su debilidad y repudia a su esposa.

Y un día gris, de esos que invitan a la tragedia, ese hombre que vivió amando a Lita, que fué víctima de las maquinaciones de una mujer, y que ya no podía soportar en su pecho el remordimiento que lo consumía, daba fin a su existencia, después de haberle escrito una carta, que por su propia mano depositara en el correo momentos antes...

En ella pedía perdón por su debilidad y contaba las infelicidades pasadas durante el breve tiempo que siguiera a su equivocado enlace.

Era el día en que vimos el hogar de Lita envuelto por una espesa y negra niebla de nostalgia...

VI

La viuda pronto buscó consuelo en brazos de otro hombre; otra víctima quizás.

Lita, permaneciendo fiel a la memoria de su amado, y cuando aun Juventud le sonreía, fué con su recuerdo al silencio del claustro. Y desde entonces, con todo que el hábito que lleva le prohibe llorar por el recuerdo de un hombre, no hay abismo que pueda llenar con sus amargas lágrimas.

Su complexión débil hizo que su vida se extinguiera por el dolor, como la débil llama se extingue por el soplo impetuoso de los vientos.

Y cuando se desposó con Dios sintióse inclinada a la clemencia; perdonó a todos, amigos y enemigos. A los primeros, porque la amaban; a los segundos, porque la odiaban...

....

Lector: he aquí dos vidas. Una que, consagrada al bien, se eclipsó en la mitad de su trayectoria luminosa; y otra, que, árida de maldades, rueda por el mundo sembrando el dolor y la desolación...

Dora E. PERRETTI.

Dib. de Palma.

Para obtener hortensias azules

Las hortensias azules son bien conocidas. La hortensia rosa se encuentra fácilmente; pero la azul es algo más rara. Sin duda por esta razón, un gran número de aficionados a las flores desearían hortensias azules. Así es el espíritu humano. El tono de la flor depende del terreno donde se desarrolla la planta.

Las hortensias dan flores azules bajo el sol de la isla de Jersey, en ciertos terrenos de Anjou (particularmente en los alrededores de Anvers) y en Bretaña, mientras que son blancas en las tierras ordinarias.

Se ha tratado ya de modificar el color, añadiendo a la tierra una pequeña proporción de sulfato de hierro.

Mr. Ledieu, inspector del jardín botánico de Dresde, ha iniciado un procedimiento que será eficaz según afirma, para la obtención de hortensias azules.

En la primavera, durante cerca de seis semanas y dos veces cada una de éstas, se riega la planta con una solución de alumbre de amoníaco, a razón de un kilogramo de sal por cien litros de agua. Después, hasta la época de la florescencia, se la sigue regando dos veces por semana con una solución aun más diluída: 300 gramos de alumbre amoniacal en cien litros de agua. Y las hortensias darán flores de un hermoso color azul.

Arbol sin desperdicio

En la mayor parte de Oceanía el cocotero es un árbol que no tiene desperdicio, pues en él encuentran los indígenas un almacén en donde proveerse de todo lo que necesitan.

El cocotero les procura madera para edificar sus cabañas, sus embarcaciones y sus utensilios; cuando las hojas están tiernas se las comen, cuando son viejas sacan de ellas unas hebras que tejen y las convierten en sombreros, telas, cestos, esteras, papel, bálago, etc. Los tallos de las hojas secas los emplean para hacer lanzas, flechas, antorchas, escobas y remos.

Las flores procuran a los indígenas vino, azúcar y vinagre; el fruto aceite, alimento, cuerda y esteras, y hasta las raíces, cuando tiernas, son comestibles.

Es un árbol que no tiene desperdicio; una especie de cerdo vegetal.

Hay peces de gran longevidad. Se asegura que la carpa puede vivir doscientos años.

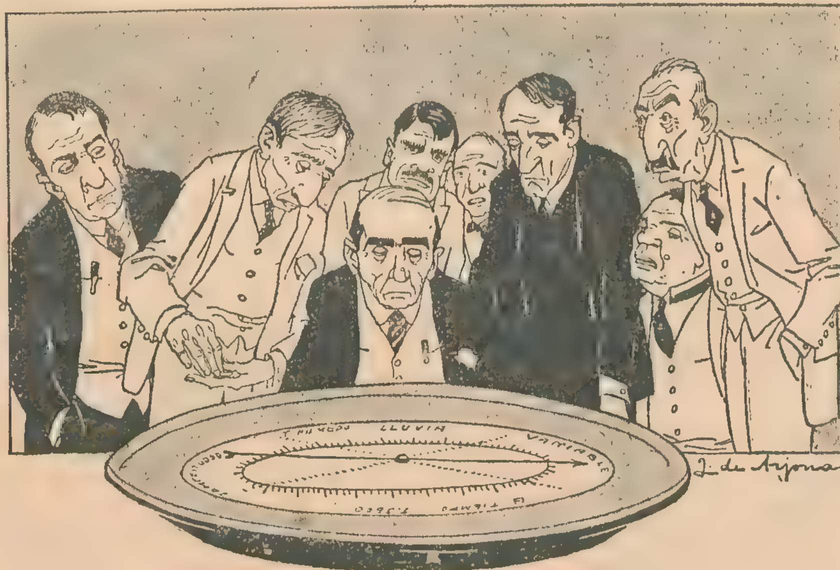
Hay en Japón un extraño monumento, en conmemoración de los caballos muertos en la guerra con China.

La reforma del barómetro

Es indudable que los tiempos marchan y que se está operando en la región de las ideas una evolución transcendental. No queremos alarmar a nadie ni suscitar sospechas en el departamento de policía; pero estamos convencidos de que algo gordo se acerca y no es precisamente el premio mayor de la Nacional.

Y conste que hablamos de evolución, lo que implica una Pichincha a la altura del Progreso, contrariamente a la revolución que se caracteriza por Moreno a la altura de Cevallos. El pensamiento universal se tambalea, un ansia de renovación y de cigarros habanos estremece a las multitudes, y en el fondo de los laboratorios y de las bibliotecas están gestando los nuevos ideales de la humanidad futura.

Esto, que parece un trozo de discurso de apertura de una conferencia más o menos internacional, lo hemos pensado nosotros solos y, como estamos convencidos de que es una verdad como



una basílica, queremos aprovechar la ocasión para que se vea la forma de arreglar un poco este pícaro mundo que está necesitando a toda prisa una refacción general.

Hoy vamos a ocuparnos del barómetro. Todos sabemos lo que es un barómetro, y el que lo ignore nada va perdiendo en la parada. El barómetro es ese aparato que, visto de lejos, nos parece un reloj de pared, y visto de cerca nos parece que nos hemos equivocado. Tiene una esfera que no es más que un círculo y una flecha que es una aguja, pero una aguja que no cose. Se advierte la falacia del aparato en sus elementos constitutivos. El círculo está graduado en milímetros, pero en vez de seguir el orden natural comenzando con el uno y terminando, por ejemplo, con los nueve, empieza por los setecientos cuarenta y no llega siquiera al millar. Es una forma, un poco brasileña, de darse importancia, como cuando se calcula la magnitud de un escuadrón por el número de pies de caballos que lo componen. Alrededor de esos milímetros hay unas indicaciones que a primera vista parecen de una ruleta del amor para adivinar el carácter de la persona que nos idolatra: una dice "muy seco", otra "variable", otra "tempestuoso", pero en realidad se refieren al estado del tiempo.

Es sabido que el calendario no es más que un artículo de papelería que nos sirve para poder fechar con exactitud las cartas que escribimos o felicitar a los amigos en sus cumpleaños para que nos inviten a cenar en su domicilio. Pues bien: una cosa tan sencilla ha tenido que sufrir serias modificaciones a través de la historia: las más importantes son la juliana y la gregoriana, debida la primera nada más que a un emperador, y la segunda nada menos que a un papa.

Con tan graves precedentes no ha de extrañarse que nosotros nos avoquemos seriamente el asunto, dispuestos a llevar a cabo la reforma monosabiana del barómetro.

En primer término, se nos ocurre una modificación fundamental. Podríamos explicar este profundo concepto en varios capítulos, como hacen los filósofos que tienen a su cargo una cátedra bien rentada; pero como nosotros carecemos de ella y sólo nos guía un propósito de divulgación, diremos con toda brevedad que la corrección propuesta estriba en reemplazar la relación de efecto a causa entre el barómetro y el estado atmosférico, por una relación de causa a efecto, es decir, que en vez de ser el aparato el que obedezca a los cambios del tiempo, sea el tiempo el que responda a los cambios del aparato. En esta forma, un gran barómetro colocado en el frontispicio de la Casa Rosada regularía los fenómenos meteorológicos a producirse en la capital federal, y otros, más chicos, instalados en la comuna de cada pueblo cumplirían fielmente tan delicada función. Las intervenciones nacionales en los casos de subversiones atmosféricas, se realizarían por medio de barómetros oficialistas a cargo de los amigos del presidente del país.

Hasta tanto pudiera realizarse esta importante evolución, convendría introducir algunas pequeñas reformas que, si no sirven para corregir el tiempo, pueden ayudar a matarlo.

Se trata de lo siguiente: Observando un barómetro puede advertirse que la aguja tiene un radio de acción muy reducido, pues sólo se mueve entre los 750 y los 770 mm., o sea la mitad de su milimetraje. Ya puede haber una tormenta parecida a la del acto más sonoro de "Rigoletto", que el barómetro no se va a molestar en marcar la correspondiente leyenda. A lo sumo indicará "lluvia o viento", que es parecido a una tempestad, pero que no es lo mismo.

Otra anomalía consiste en que siendo el "tiempo fijo" todo lo contrario de "tiempo variable", las dos leyendas no se encuentran contrapuestas, sino que forman un ángulo que casi sería recto si pudiera haber rectitud en el engaño.

Todos los barómetros se limitan a hacer girar la aguja sobre el sector "variable", que es lo más socorrido, pues claro está que antes o después ha de cambiar el tiempo.

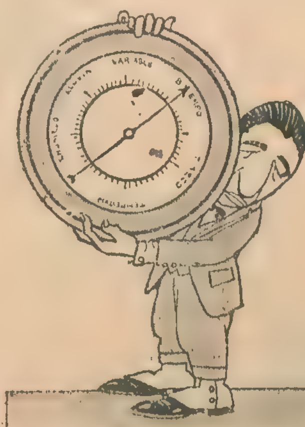
Hay en esto cierta analogía entre el barómetro y las cámaras: ambos poseen el sector situacionista que siempre es "variable" y no deja moverse a la aguja más allá de sus pagos. Los demás sectores no tienen otra finalidad que llenar con un nombre los espacios vacíos. Por ejemplo: tempestad (socialista), grandes lluvias (concentración), muy seco (demócrata), fijo (unionista).

En vista de esta manía absorbente del sector "variable", nosotros lo suprimiríamos, cambiando además las restantes indicaciones por otras más optimistas y más criollas, tales como "lindo nomás", "¡qué calor!", "ta güeno", "lo más fresco", "¡vaya a bañarse!" y otras por el estilo.

Pero tal vez lo más conveniente fuera convertir los barómetros en ruletas, único medio de conseguir éxito en la activa campaña policial contra las quinielas.

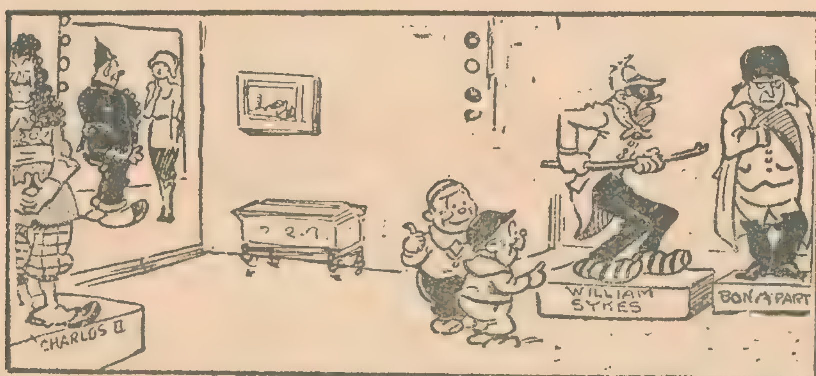
Mono SABIO.

Dib. de J. de Arjona.





Un bandido que se derrite



Ñato y Tito fueron a visitar un museo de figuras de cera, y al ver a un famoso bandido y salteador representado en una las figuras, se les ocurrió dar una broma a Barrilete



Llevaron el muñeco y lo colocaron frente a una de las ventanas de un Banco, en actitud de querer forzar la ventana. Barrilete se hallaba muy entretenido conversando con una papirusa...



... y al despedirse de ésta, quedó como alelado al descubrir al audaz seudoladrón "¡Date preso, ahijuna"—le gritó—sujetándolo por el cuello.



Y ahí no más lo arrastró hacia la comisaría. En el camino se encontró con el comisario Mondónguez, y como se parara el botón a explicar el caso al comisario...



... sucedió que el calor de la cocina de un hotel, que se desprendía a través de una reja, derritió la cera del muñeco. "¡Se te ha escapado de entre las manos!"—vociferó Mondónguez,—mientras que Barrilete sostenía en alto la ropa del bandido y exclamaba tartamudeando: "Se... señor comisario, e... este debe ser man... mandinga en persona. ¡Cru... cru... cruz diablo!"

Cuando la zorra es perseguida con tenacidad se finge muerta. Algunos cazadores que han llevado a estos animales durante un corto tiempo en su morral, creyendo estaban sin vida, han sido mordidos por ellos en el momento de recobrar su libertad.

Los períodos más peligrosos para el organismo humano, donde la resistencia contra las influencias adversas son muy escasas, comprenden la infancia desde el nacimiento hasta los cinco años y el período que sigue a los sesenta y cinco años.

Vamos a ver...

DESCUBRIMIENTO. — Pasean unos amigos por el campo y uno de ellos, al ver un burro, exclama:

—¡Oh! ¡Mirad! Es el tipo exacto del filósofo.

—¡Caramba! —contesta otro.— Ahora comprendo por qué tienes esas aficiones a la filosofía.

EL QUE NO SE CONTENTA



—El cuadro de usted ha sido rechazado por unanimidad.

—¡Sean alabados los dioses inmortales! Ahora puedo decir que mi reputación empieza.

CONFUSION.—La señora de X reune a sus amigos en sus salones, no tan selectos, por desgracia, como sería de desear. Pero el principal objeto de la señora es que haya muchos invitados.

Uno de ellos recorre distraidamente un salón cuando, sin darse cuenta, pisa la cola del vestido de una dama que se vuelve furiosa y le dice:

—¡Imbécil!

Y al notar la sorpresa del que le escucha, añade:

—¡Ay! Disculpe usted, caballero. Creí que era usted mi marido.

RASGO DE INGENIO.—Una vez el príncipe de Conti invitó al abate de Voisenon a cenar en su palacio, pero el abate olvidó la invitación. Cuando se encontró nuevamente con el príncipe, éste, irritado, le volvió la espalda.

— Vamos — exclamó Voisenon, — veo con placer que vuestra alteza no está disgustado conmigo, pues no es la espalda lo que acostumbra a presentar al enemigo.

EN LA ADUANA



—¡Cómo pesa este baúl! ¿Qué es lo que lleva en él? ¿El cadáver de su marido?

—No, señor; pero le juro que no es por falta de deseos.

ARREGULAR NO MAS.—Cierto provinciano acaba de pasar unos días en Buenos Aires. Lo ha visto todo y lo cuenta todo.

—¿Viste la estatua de San Martín?— le pregunta un amigo.

—Sí.

—Decime, ¿es ecuestre o no?

El provinciano no sabía bien lo que la palabra significa; pero contesta con un aplomo admirable:

—¡Bah! ¡No tanto como dicen! Arregular no más, arregular...

AMOR DESINTERESADO. — Puede creerme, Alicia, que de buena gana cedería toda mi fortuna por que fuera usted mía.

—Pues le aseguro que si cometiera tal imbecilidad, no volvería a mirarle a la cara.

CON LA INTENCION BASTA



—Usted pagará en lo sucesivo ciento veinte pesos más de alquiler por el ascensor.

—¿Pero si en la casa no hay ninguno?

—Es que cuando reuna dinero lo voy a mandar poner.

BUENA CONTESTACION.—El cardenal Dubois cayó enfermo y se vió en la necesidad de sufrir una dolorosa operación, para la que se llamó al cirujano más hábil del hospital.

—¡Eh! amigo—le dijo el ex ministro,—no vaya a tratarme como a esos mendigos del hospital.

—Monseñor—repuso el cirujano,—para mí esos mendigos son todos como cardenales.

ENEMIGOS MORTALES. — Voltaire se burlaba con frecuencia del estilo erizado de epítetos que emplean ciertos escritores.

—¡Qué lástima—exclamaba—que no se les pueda hacer comprender que el adjetivo es el peor enemigo del substantivo, aunque concuerden en género y número!

APROVECHANDO



—¡Un pavo trufado! Pero, amigo, ¿a quién se le ocurre pintar un pavo trufado?

—Es que me han dicho que en Moscou podré vender por un dineral cualquier cosa de comer.

ILUSIÓN ÓPTICA

Entre los muchos negocios que ha manejado Juan Fresco en este mundo, uno de ellos fué el de ser director de un music-hall.

Anunció que presentaría un avestruz amaestrado, y aquella noche no bien apareció el animal en el escenario, empezó a patear las luces de la batería como si quisiera irse a la orquesta, y lo hizo con tanta insistencia que hubo que suspender la representación.

Entonces, Juan Fresco apareció en escena y pidió disculpa al público en la siguiente forma:

—Siento mucho que el respetable público se haya visto defraudado esta noche; pero el avestruz amaestrado no podrá presentarse en público hasta que cambiemos el director de orquesta. Como veis, el que hay ahora es completamente calvo y el avestruz se exalta, porque le mira la cabeza y le parece un huevo.

COMPARACIONES.—Mi perro es inteligentísimo; te aseguro que no le falta más que la palabra para ser perfecto.

—Pues entonces le pasa lo que a mi hijo; es un portento de inteligencia como abogado, pero es tan corto de genio que no sabe hablar.

CLARIDAD.—Un médico joven que está deseoso de tener clientela, le dice a un amigo:

—Usted me conoce bien y sabe quién soy, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Entonces, ¿por qué no me llama cuando tiene enfermos en casa?

—Pues por eso, precisamente; porque le conozco.

ENTRE ESPOSOS



—¡Vaya una manera de informarme! Te pregunto si mañana hará sol y me contestas que eso depende de la luna.

CAUSA DE DIVORCIO.—¿—Pero vas a divorciarte, Idiótez? ¿No vivías en santa paz con tu mujer?

—En la apariencia, sí; pero en el fondo hay una verdadera causa de divorcio: nuestros caracteres son incompatibles, sobre todo el mío.

EL QUE NO SE CONFORMA.—Un viejo de ochenta años es condenado por el tribunal a veinte de presidio.

Al oir la sentencia, exclamó:

—¡Me alegro! ¡No creía poder vivir tanto!

DIFERENCIAS.—¿En qué se diferencian los artistas de los médicos?

—En que los artistas trabajan por la inmortalidad, mientras que los médicos lo hace por la mortalidad.

PREGUNTA Y RESPUESTA.—¿Qué médicos son los que cuentan con menos número de equivocaciones en su carrera?

—Los que visitaron a menos enfermos.

REMEDIO HEROICO.—Doctor, ¿qué le doy a mi chico que se ha tragado una nuez entera?

—Oblíguele a tragarse un rompenueces.

EPITAFIO.—

"Doña Clara y su esposo don Remigio aquí yacen en paz: ¡raro prodigio!"

BUEN CONSUELO

—Y bien, amigo, ¿qué novedades hay por el campo?

—Ninguna... Aquí el tiempo es siempre lo mismo.

TRISTEZA MOTIVADA.—Susana va a casarse pronto y, sin embargo, está tristísima.

—¿Pero no te vas a casar con el joven a quien amas?—le pregunta una amiga.

—Sí; pero la profesión de Ernesto me tiene muy alarmada. Es cajero de una sociedad.

—¿Y qué?

—¡Ah, hija mía! ¡Hay tantos cajeros infieles!

LOS NIÑOS TERRIBLES. — Anda, nene, cómete otra manzana.

—Gracias, señora; no puedo comer más.

—Entonces, toma y métetela en el bolsillo.

—No puedo, señora; tengo todos los bolsillos llenos de manzanas.

EN GÉNOVA

—Restauremos nuestras fuerzas, primero. Después ya pensaremos en la restauración de Europa.

DESESPERACION DE ARTISTA.—Estoy desesperado—decía un pintor en una reunión de amigos.

—¿Qué te pasa?

—Tenía en mi taller un cuadro de naturaleza muerta que acababa de pintar y entraron anoche los ladrones y...

—¿Se llevaron el cuadro?

—Mucho peor; se llevaron los modelos: un jamón, un queso y una botella de champagne.

ENTRE AMIGOS.—De modo que tú le dijiste a Irene que yo era un idiota.

—Lo intenté solamente; porque al ir a decírselo, me aseguró que lo sabía ya.

ANECDOTA DE VICO.—A don Antonio Vico, a pesar de ser un gran actor y un empresario muy experto, en muchas ocasiones le fueron los negocios malísimamente.

En una de sus últimas temporadas estuvo el público muy retraído. La sala veíase vacía con lamentable frecuencia, y una noche, momentos antes de empezar la función, llamó a su traspunte para preguntarle:

—¿Te has asomado?

—Sí, señor.

—¿Hay gente?

—Muy poca. ¿Por qué no se asoma usted?

EL MAL TIEMPO



—¿A qué atribuyes este tiempo execrable?

—Según los astrónomos, es debido a que el fracaso de los conservadores en las elecciones nos ha dejado fríos.

Vico fué a ver el aspecto de la sala por la mirilla del telón, y al regresar exclamó, con amarga ironía:

—¡Bah!, "podemos" con ellos; los de adentro somos más.

HOMBRE PREVENIDO.—¿De modo que es cierto que se ocupa usted en escribir una obra?

—Así es.

—¿Y la tiene muy adelantada?

—Regular. Hasta ahora lo único que he escrito es la improvisación que pronunciaré cuando el público me llame al proscenio y me obligue a hablar.

EL PARAISO AL DIA.—¡Cómo es eso, niño feo y malo! ¿Por qué le has pegado a Isabelita?

—Porque estábamos jugando a Adán y Eva y ella tenía una hermosa manzana para tentarme, y como no me tentó, tuve yo que "tentarla" a ella.

COSAS INEXPLICABLES



—No me explico que se encuentren siempre pozos de petróleo y nunca de aceite de oliva.

DISCULPANDOSE. — Pero, Juanito, ¿cómo es esto? Puse ayer tres pasteles en esta fuente, y ahora sólo queda uno.

—Tía, disculpe; pero estaba tan obscurito el comedor que no ví el que quedaba ese.

PADRE QUE NO ENTIENDE.—¿De modo que por fin te atreviste a hablar con el padre de Carlota?

—Sí, pero como es tan bruto no me entendió.

—No te explicarías bien.

—Sí que me expliqué; le pedí la mano de su hija y me dió un puntapié.

BUEN CONSEJO



—"Cocinera joven y bien parecida se ofrece para matrimonio solo..."

—Seguramente, Pacífica, esa es la que más nos conviene. ¡Anda, tómala!

Para los niños

LA CACERÍA DEL TATÚ-CARRETA

Hermanitos:

¡Lo que nos hemos reído el otro día! ¿Se acuerdan ustedes del martín-pescador, no del pájaro que les mandé de Entre Ríos, sino del juego que llamamos así? Pues bien: anteayer jugamos al martín-pescador, yo y tres indios desnudos, tirando los cuatro de... la cola de un animal enorme, que nos lanzaba tierra a la cara como una ametralladora.

¡Y qué modo de echarnos tierra a los ojos! Los indios gritaban con la boca llena de tierra, y yo gritaba más que ellos. Pero nos reíamos sin soltar la cola. Verán cómo pasó esto.

Hacía días ya que habían cicatrizado las heridas que me causó el tigre en la lucha que les narré en mi carta anterior. Atravesábamos el bosque para acercarnos al río Pilcomayo, hambrientos como zorros, cuando oímos un ronquido sordo y prolongado que hacía estremecer la tierra. Desde lejos, el ronquido aquel se podía haber confundido con el de un tigre; pero entonces lo oíamos a poca distancia de nosotros, como si roncaran debajo del suelo.

Nosotros nos mirábamos sin saber qué pensar, cuando de pronto un indio tuerto comenzó a saltar en el aire haciendo piruetas y gritando:

—¡Tatú! ¡Tatú!

Los otros dos indios, al oirlo, dieron a su vez grandes brincos en el aire, gritando todos juntos:

—¡Tatú! ¡Tatú-carreta!

Yo pensé entonces: — Este ronquido parece en efecto el gruñido sordo de un tatú o peludo; pero es mucho más fuerte que el de la mulita.

(Allí en Buenos Aires, chiquitos, hay un animalito muy parecido y de la misma familia, que ustedes han visto muertos en los escaparates de las fiambrerías: la mulita.)

Apenas acababan de gritar los indios, cuando se lanzaron a la carrera, y yo los seguí preocupado, mientras cargaba, sin dejar de correr, las catorce balas del winchester. ¡Quién sabe—me decía yo—a qué tremendo animal le llaman aquí tatú-carreta!

Pues bien, hermanitos: En pleno bosque, con casi todo el cuerpo hundido en una enorme cueva, estaba el animal que hacía aquel ruido, y era efectivamente un tatú. ¡Pero qué tatú! Yo no veía de él más que la parte trasera, de donde salía su robusta cola. Y la cola estaba medio hundida en la tierra suelta, y no se movía para nada.

Los indios, riéndose de contento porque iban a comer riquísimo tatú, se apoderaron de la cola, y tiraron todos juntos. Al sentirse tirado, el animal se puso a escarbar, y entonces... ¡Dios nos asista! Aquello parecía un temblor de tierra, causado por un pequeño elefante forcejeando por hundirse como una cuña en la tierra. Escarbaba el tatú con tal rapidez y era tanta su fuerza, que de la cueva salía la tierra a chorros, lanzada a sacudidas rapidísimas.

Los indios, medio ahogados, soltaron el rabo, y en pocos segundos la cola desapareció como una víbora en la cueva. Es increíble, chiquitos, la rapidez con que cava un tatú.

—¡Tatú carreta! ¡Rico tatú asado! ¡Se escapa!—gritaban los indios. Y cerrando los ojos todos nosotros nos prendimos de la cola del tatú-carreta.



...Eramos cuatro hombres y tirábamos con toda fuerza.

¡Pero qué fuerza tiene este animal! Eramos cuatro hombres, y tirábamos con toda fuerza. Y no podíamos arrancar de la cueva al enorme bicho, que con las uñas abiertas y clavadas en tierra, parecía remachado al suelo.

Todos teníamos la cara hinchada por el esfuerzo que hacíamos. Pero si en algún momento dejábamos de tirar de cansancio, el tatú cavaba a todo escape, y las manotadas de tierra salían una tras otra como de una ametralladora, y nos lastimaban en la cara.

Así estábamos. Y creo que el tremendo cavador hubiera concluído por arrastrarnos con él dentro de la cueva, si un indio no hubiera recordado entonces un procedimiento infalible para cazar tatús.

¿Sabe ustedes en qué consiste? Pues es sencillo. Se toma una pajita, y con ella se hace cosquillas al tatú en la cola... y alrededor de la cola.

No se rían, chiquitos. Este modo de cazar ha salvado en el monte a muchas criaturas que se morían de hambre, y aun a exploradores de larga barba. Tal como lo propuso el indio, pues, se hizo cosquillas al tatú; y el animal, sorprendido y tal vez divertido con las cosquillas, aflojó en seguida las patas. Con la rapidez del relámpago aprovechamos ese instante, y con un tremendo sacudón lo sacamos afuera.

¡Pero qué monstruo, hermanitos! Era como veinte veces más grande que la mulita; mucho más grande que la gran tortuga del zoo, y parecía una carreta de campaña, con su gran lomo redondo.

Estos tatús-carreta escasean hoy día, y son tataranietos de otros inmensos tatús-carreta que vivían antes, y que se llaman gliptodontes.

Yo, al principio, había querido conservar vivo al tatú; pero los indios estaban muertos de hambre, y entre el sudor los ojos les brillaban mirando las gruesas patas del tatú, que son riquísimas para comer. Y como yo tenía también mucha hambre... nos comimos al tatú. Comimos al tatú-carreta, hermanitos, como si fuera una mulita de escaparate. Ahora estamos satisfechos. Pero no podemos olvidarnos de la figura que hacíamos tres hombres desnudos y otro en camisa, tirando como de una raíz de la cola de un tatú que nos lanzaba tierra a chorros.

Hasta otra carta, chiquitos, y pórtense bien.

DUM-DUM.

Dib. de J. de Arjona.



La página de las curiosidades

Se ha conseguido desinfectar las aguas de las playas, mediante cloruro, que se deposita en tanques llevados por una lancha, operación cuya práctica ha hecho desaparecer las infecciones que solían producir los baños de mar en muchos puntos.

Mercurio es el planeta que más cerca se encuentra del Sol, cuyos rayos luminosos nos lo ocultan generalmente. Sólo algunas veces se encuentra en una posición en la que podemos verle. Los ardientes rayos del sol llegan a su superficie con tal fuerza, que deben derretir la corteza mercuriana. Es, pues, un cuerpo abrasado, una masa de cenizas.

Casi el sesenta por ciento de la producción mundial de buques se trabaja hoy en los astilleros británicos.

El virus de la hidrofia es de los más violentos, como lo atestigua el caso siguiente: Hace un tiempo se dió muerte en Fontainebleau a un perro rabioso perteneciente al señor Lanfrise. El perro había mordido, entre otros objetos, a un juguete de pasta con que solía entretenerse el hijito de dicho señor. Dos meses después, un criado tocó el juguete con un dedo herido, cayendo en seguida enfermo con todos los síntomas de la hidrofobia, y muriendo a los tres días entre dolores atroces.

Hoy que los asaltos están de moda, convendría adoptar el arma de los policías norteamericanos. Consiste en una potente lámpara eléctrica provista de su correspondiente pila seca y reflector que van unidos al cañón de una pistola automática. Cuando se sorprende al salteador, rápidamente se le enfoca y ciega con el haz luminoso, siendo la puntería infalible, si intenta resistir, pues la lámpara va paralelamente ajustada al cañón del arma.

La palabra "Lord" que es título de los grandes en Inglaterra, se deriva de la anglosajona "Hlaford" que significa, el que distribuye o da panecillos.

El riesgo de morir viajando en tren, es muy pequeño. Sólo un viajero muere de accidente ferroviario por cada 980.000 kilómetros de recorrido.

Durante el pasado otoño, recorrió el Canadá un tren especial llevando muestras de productos franceses y un cinematógrafo con películas de escenas, paisajes y monumentos de Francia. El producto de tal propaganda era a beneficio de los soldados franceses que quedaron ciegos en la guerra.

Al terminar el invierno y deshelarse los ríos y canales de Alemania, los navegantes de Zedenick celebran todos los años un pintoresco festejo, añadiendo cada primavera un nuevo lazo al barco que simboliza su gremio.

Hace unos años, una ampolla llena de agua expuesta en el escaparate de una farmacia, enfocó los rayos del sol en una caja de celuloide y se declaró un incendio.

El cerdo vegetal.—Así puede llamarse al cocotero, árbol que no tiene desperdicio, como no lo tiene el cerdo entre los animales.

El cocotero, da a los habitantes de la región donde abunda, madera para sus viviendas, embarcaciones y utensilios; cuando las hojas están tiernas, se las comen; cuando son viejas, las convierten en fibras para tejer sombreros, telas, cestos, esteras, etc. De los tallos de las hojas, hacen lanzas, antorchas, flechas, escobas y remos.

De las flores, extraen vino, azúcar y vinagre; del fruto, aceite y hasta las raíces son comestibles.

El ruiseñor devora cada veinticuatro horas, una cantidad equivalente a su peso, de insectos, orugas y otras larvas perjudiciales para el arbolado.

¿A qué altura se oye el sonido?—El silbido de una locomotora se percibe a 300 metros de altura. El ruido de un convoy de ferrocarril a 2.500. El disparo de un fusil y el ladrido de un perro, a 1.800. La voz humana, a mil: la palabra se entiende claramente de abajo a arriba a quinientos metros y de arriba a abajo solamente a cien metros.

La Tierra no tiene ya la forma de una naranja, según afirman algunos geógrafos, sino la de una pera. Al principio nuestro planeta era completamente esférico, pero debido al movimiento de rotación se fué achatando por los polos, adquiriendo luego, por el aumento de velocidad, la forma de pera.

¿Por qué es blanca la leche?—Nuestros lectores habrán notado que una clase de leche es blanca como la nieve, mientras otra, se presenta con un ligero matiz azulado.

En condiciones normales, este líquido contiene muchos millones de diminutas esferas de grasa que actúan como pequeños espejos y reflejan la luz en todas direcciones. Cuando la leche ha perdido buena cantidad de esta materia grasa, el líquido se hace más transparente y como hay menos refracción aparece azulado.

Las mejores esmeraldas se pagan unos doce mil quinientos francos el kilate. Una buena esmeralda no debe pesar menos de cuatro a seis kilates.

LAS LABORIOSAS ABEJAS



—¡Y si usted no procura que sus endemoniadas abejas no vengan más a mi jardín, las voy... a "agarrar a patadas"....

En la superficie lunar hay vida vegetal en sus más primitivas formas, según lo afirma el profesor Pickering. Estaría diseminada en los valles y en las faldas de las montañas.

Una gallina que pone tres huevos en el término de media hora, no es caso visto hasta ahora. En un parque avícola del condado de Dorset, acaba de registrarse el curioso suceso.

Para tener los pies calientes.—Nada hay más desagradable que estar en la cama con los pies fríos. Este inconveniente puede evitarse sin recurrir a calentadores ni botellas de agua hirviendo con un sistema muy sencillo. Hágase un tubo de papel de un metro de largo aproximadamente y de dos a tres centímetros de diámetro, lo que se obtiene fácilmente envolviendo el papel en una caña o bastón y pegando sus bordes.

Al acostarse uno, acerca el tubo a la cara, aspira el aire por la nariz, lo espira por la boca y una corriente de aire caliente pasa por los pies calentándolos en muy poco tiempo.

Los árboles de la familia de las palmeras son las que tienen las hojas más grandes. La de Ceilán, llamada "talipot", tiene hojas de siete metros de largo y seis de ancho.

El culto de los muertos es muy original en ciertas regiones. Los pueblos de la Abassia, en la Georgia, no entierran ni queman los cadáveres; los ponen en los troncos de los árboles huecos, o los cuelgan de las ramas más altas atados con sarmientos, y lo mismo sus armas y vestidos, amarrando un caballo al pie del árbol, para que el difunto pueda tenerlo en el otro mundo.

Los gauros, pueblo del Asia, atan sus muertos de pie contra unos pilares, con la cara vuelta al Oriente y se ponen a rezar hasta que vienen los cuervos. Si las aves se dirigen primero al ojo derecho, creen que se ha salvado.

En el jardín de la reina de Rumania predominan los colores nacionales: el púrpura y el anaranjado; aubresias, violetas, crocus, tulipanes y campanillas, dan el tono purpúreo, los naranjos completan el cuadro.



Las enfermedades del estómago

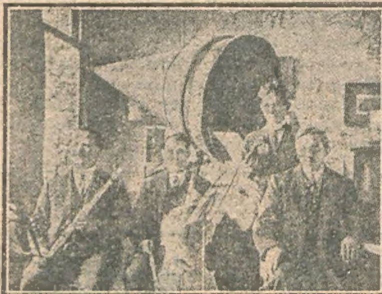
Un remedio que tiene gran éxito

Son bien conocidas las propiedades del bicarbonato de sodio en el tratamiento de las molestias del estómago. Sin embargo ha podido demostrarse que el bicarbonato común contiene muchas impurezas siendo de acción medicinal dudosa y hasta peligrosa en determinados casos. Estos inconvenientes han podido corregirse, pues hoy se prepara un nuevo bicarbonato llamado catálico que por su acción catalítica tiene la propiedad de quitar la acidez, ardor, dolor, la flatulencia, etc., provocando en todos los casos la más rápida digestión y asimilación. Es el bicarbonato catálico un producto concentrado, muy agradable de tomar y de conservación indefinida manteniéndolo en su envase original.

Arte y radiotelefonía

Oyendo música a largas distancias

Un forastero ansioso de ver cuantas curiosidades alberga la capital de Holanda, podría presenciar entre otras muchas, la de un concierto vocal e instrumental que de tres a cinco de la tarde dan unos excelentes artistas en una reducida sala, sin más testigos que los muebles y una enorme bocina. A primera vista se les podría tomar por diletantes de su arte, mas mirándolo bien, y por cierto detalles de esa bocina, no tarda en adivinarse que los sonidos armoniosos del concierto están destinados a ir más allá del reducido círculo de la sala. Trátase en efecto de la estación transmisora de conciertos a distancia por telefonía sin hilos, que una entidad industrial explota en La Haya.

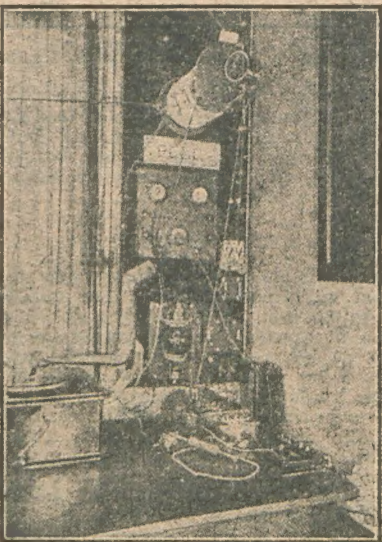


Un célebre cuarteto, dispuesto a dar un concierto a un auditorio de muchos miles de aficionados, extendidos por varios cientos de miles de kilómetros cuadrados.

Si en aquel mismo instante, el espectador pudiese transportarse por arte de magia e instantáneamente a Londres, Edimburgo, París, Amsterdam, Colonia, o cualquier otro lugar situado dentro de un radio de unos 800 kilómetros de La Haya, podría oir perfectamente los acordes de la pequeña orquesta y cantantes holandeses.

La técnica radiotelefónica, ha sufrido, a contar de unos años a esta parte, tan considerables perfeccionamientos que ya es posible asegurar, la distancia no existe ni aun para las más sublimes representaciones del arte.

La afición a estas distracciones se ha desarrollado tanto en los Estados Unidos que más de un millón de habitantes de aquella república poseen aparatos para oir a domicilio conciertos, cantantes de alta categoría, bandas, discursos, sermones del domingo, predicciones del tiempo, precios del mercado y otras cuestiones de gran interés. La nación entera está plagada de estaciones receptoras y trasmisoras que envían las comunicaciones anunciadas de antemano y a hora fija. En Londres pueden gozarse las excelencias de los conciertos parisinos, de los conciertos Marconi de Chelmsford, de La Haya, etc. Sería de desear que esta maravilla adquiriese incremento entre nosotros, para de este modo poder irradiar a las poblaciones rurales los beneficios de la cultura artística y el goce de distracciones tan elevadas como la música.



El aparato transmisor colocado en La Haya.

Además de esta aplicación, la extensión de la radiotelefonía podía ser un eficacísimo coadyuvante del agricultor, pues estando en comunicación constante con los observatorios meteorológicos recibirían instantáneamente los anuncios y pronósticos de futuros cambios de tiempo meteorológicos.

Todos los habitantes de Islandia comen algas marinas, y los ganados de aquel lugar son tan aficionados a ellas, que en muchas ocasiones han perecido ahogados por internarse en el mar en busca de dicha planta.

Compañía Gral. de Fósforos. — Talleres ex Ricardo Radaelli, Paseo Colón 1266, Buenos Aires

Las últimas novedades del teatro silencioso

Tom Moore, el sobrio actor cinematográfico, en la divertida comedia: ''Caído del cielo'', una de sus últimas creaciones que se presentará al público porteño en esta semana.

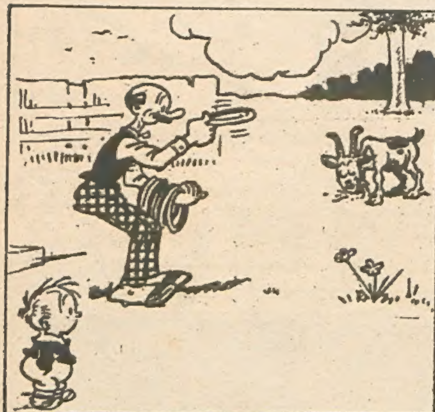


La joven y hermosa estrella norteamericana Betty Compson, que se presenta como protagonista de la película: ''Aquellos a quienes amamos''.



Una escena de la comedia dramática: ''Una voz en las tinieblas'', en la que intervienen Ora Carew y Willian Scott.

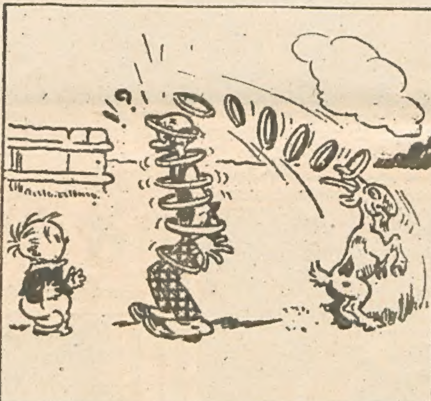
DONDE LAS DAN LAS TOMAN



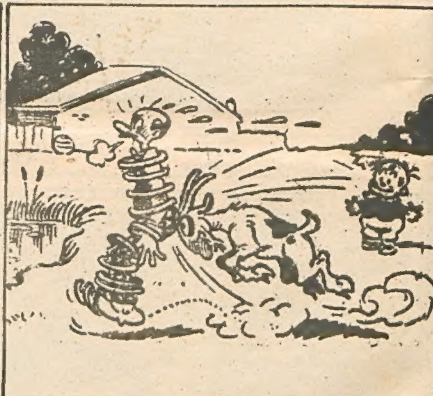
Don Gerolamo Narigoni, para distraer a su pebete se entretenía en un inocente ejercicio.



En los cuernos de una cabra que pacía en la pradera, colocaba con excelente puntería unas anillas.



La cabra que había trabajado en su juventud en un circo, hizo una cabriola y dejó a don Gerolamo con más anillos que una tonadillera.



Y luego, topando con el empuje de un toro en los tejidos más blandos de Narigoni, lo lanzó hasta Saturno, donde está el anillo que le faltaba.